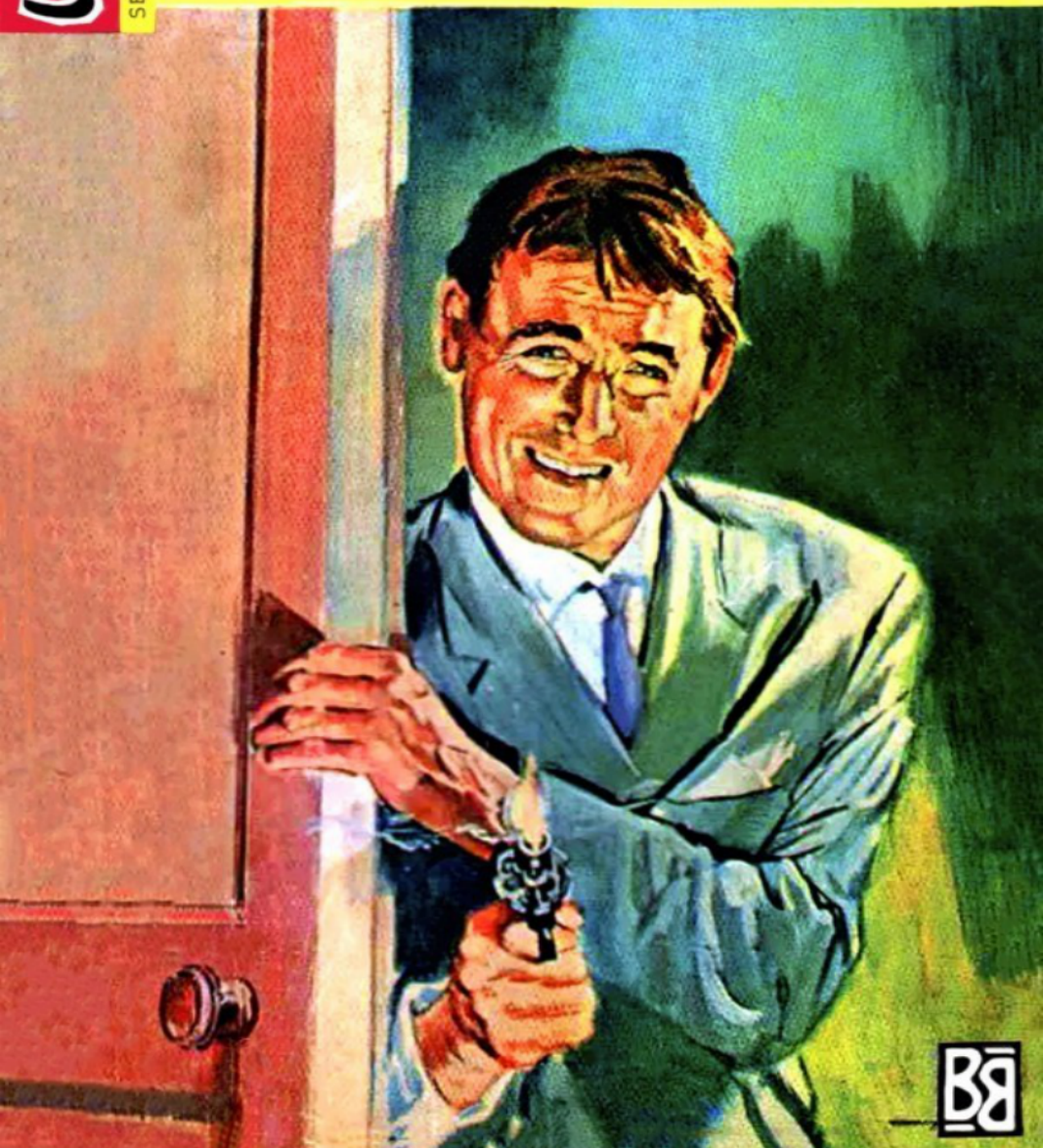




SERVICIO SECRETO

ASESINOS IMPLACABLES

alf regaldie





ALF. REGALDIE

ASESINOS IMPLACABLES

Col. **SERVICIO**

SECRETO n.º 738

Publicación semanal

Aparece los **MIÉRCOLES**

EDITORIAL BRUGUERA, S.

BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTÁ



Depósito Legal B 33476 - 1964

Printed in Spain - Impreso en España

1.ª edición: febrero 1965

© ALF. REGALDIE - 1965
sobre el texto literario

© JORGE NÚÑEZ - 1965
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1965

N. R. 478/65

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

884 — Arreglado para la fosa.

En Colección SERVICIO SECRETO:

739 — La Muerte viste harapos.

En Colección BUFALO:

561 — Cavarón sus fosas.

En Colección SALVAJE TEXAS:

440 — Revólveres alquilados.

En Colección CALIFORNIA:

377 — Como un rayo destructor.

En Colección COLORADO:

359 — Mayoría de revólveres.

En Colección KANSAS:

296 — Orgullo de mala ley.

En Colección BRAVO OESTE:

171 — Fuego en la ciudad.

En Colección PUNTO ROJO:

142 — La Muerte llegó invitada.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

36 — La huella de la muerte.

En Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO:

118 — Trust del crimen.

En Colección METRALLA:

57 — Misión cumplida.

CAPÍTULO I

Patsy Stewens despertó sobresaltada, sintiendo que se le erizaba el cabello y que un escalofrío sacudía su cuerpo.

Había oído entre sueños un grito horroroso, espeluznante.

Y el grito se volvió a repetir apenas se hubo despertado.

Patsy reconoció la voz angustiada de la señora Smith, que ocupaba un pequeño apartamento en el piso superior.

Se sentó en la cama. La habitación estaba totalmente a oscuras a pesar de que ella dejaba encendida siempre una luz cubierta con tupida pantalla, pero que rompía la oscuridad que tanto la atemorizaba.

Oyó ruido en el apartamento de la señora Smith y de manera instintiva alargó la mano en busca del teléfono que normalmente debía descansar en la mesita de noche.

No lo encontró, falló la mano, que encontró el vacío, y se vio proyectada contra el suelo, recibiendo la impresión de que le había empujado una gigantesca mano invisible.

Al caer quedó inmóvil unos instantes, con la cara pegada al piso. Recibió la sensación de que el corazón le golpeaba fuertemente en su interior hasta el punto de sentir el reflejo en las sienes, zumbándole los oídos.

Por unos instantes se había hecho arriba el silencio, y Patsy, que se incorporó sobre sus manos, sacudió la cabeza temiendo ser víctima de una pesadilla.

El silencio fue roto por un jadeo que le pareció próximo, aunque comprendió que se producía en el piso de arriba.

Siguió el ruido de lucha y finalmente un grito estridente, escalofriante, de la señora Smith, recibiendo Patsy la sensación de que su vecina gritaba ya en el exterior, yendo por el aire.

Cerró los ojos y se tapó los oídos a pesar de lo cual oyó el ruido que producía un cuerpo al chocar contra el suelo al pie mismo de su ventana.

Sintió Patsy que todo se removía dentro de ella.

Siguió un gemido lastimero y después silencio, un silencio escalofriante.

Dominada por el terror se puso en pie y caminó despacio hacia la ventana que se mantenía cerrada y descubrió entonces la silueta de un

hombre que se esforzaba en abrirla.

Gritó.

El hombre tenía una figura arrogante, ágil, vestía un traje de mallas y llevaba la cara embutida en una funda de un material plástico, transparente, que se le ceñía al rostro deformándole las facciones, pero que le permitía la visión.

Patsy vio los ojos malignos del hombre que intentaba forzar el cierre de la ventana. El extraño ser llevaba una cartera en la mano izquierda y actuaba con la mano derecha.

Patsy “sabía” que el cuerpo de la señora Smith estaba allí, caído junto al fantasmagórico personaje que no había vacilado en matarla. Intuyó que estaba dispuesto a hacer lo propio con ella y gritó a su vez pidiendo socorro.

En el primer momento no fue Patsy capaz de moverse del sitio, pero al fin volvió a gritar y salió corriendo, no sin antes tomar instintivamente el salto de cama, el cual no acertó a ponerse.

En el primer momento pensó dirigirse a la habitación de su tía, sorda y con demasiados años. Pero ella no la podría proteger ni auxiliar, y menos aún Esther, la joven sirvienta negra, la cual se habría metido ya debajo de su cama.

En cuanto a su padre, como de costumbre, estaba fuera.

Corrió alocadamente en dirección a la salida. Abrís la puerta que cerró tras ella por temor a que el asesino pudiese abrir la ventana o rompiese los cristales para perseguirla.

Salvó de dos saltos las escaleras que la separaban de la planta baja del edificio, atravesó el zaguán como una exhalación y abrió, lanzándose a la calle.

Quiso gritar, pero le faltaron las fuerzas, tal había sido la carrera que había hecho.

Vio un bulto, un hombre que le pareció muy alto, casi gigantesco, vestido de oscuro o de negro.

Él estaba parado. Tal vez se había detenido. Quiso evitarlo, pero era tal el impulso que llevaba, que tropezó contra él y se sintió abrazada, más que abrazada, aferrada por unas manos fuertes y unos brazos potentes.

Temió que pudiera ser el mismo hombre que había visto intentando abrir la ventana de su alcoba y estuvo a punto de desmayarse, quedando sin fuerzas para gritar, como hubiese querido hacer.

Una voz viril, de agradable timbre, se dejó oír. Era el hombre quien hablaba y lo hacía en tono afectuoso, persuasivo, protector.

—Vamos, señorita, cálmese. Da la impresión de que la persigue un fantasma. Si puedo ayudarla en algo, o contra alguien, le aseguro que no resulto demasiado miedoso...

Se separó ella del hombre y lo miró a la cara. Intuyó que podía confiar en él. Tenía la expresión bondadosa y mostraba energía, decisión a la vez.

Al chocar con él, le había caído a Patsy el salto de cama, quedando ante el joven con el simple pijama que dejaba adivinar sus maravillosas formas.

Recibió Patsy la impresión de que el joven no se quería fijar en ello.

Él se agachó, tomó del suelo el salto de cama y cubrió a la chica con él.

—Vamos, póngaselo. Hay escarcha y demasiada humedad... Además, va descalza y eso le puede proporcionar un disgusto.

A la vez que hablaba con entonación paternal la manejó fácilmente, como si se tratase de una cría, y la ayudó a ponerse el salto de cama.

Entonces ella descubrió a otro hombre bastante menos corpulento, joven también, de aspecto atrabiliario, con larga barba, que acompañaba al que le habló.

Patsy pudo hablar al fin. Sus ojos reflejaban profundo terror aún, pero se hallaba un tanto confortada al lado del hombre, al cual dijo, con bastante dificultad, a causa del nerviosismo que hacía castañetear sus dientes:

—Han asesinado a una mujer. Llamen a un policía, por favor... ¡Querían matarme a mí también!

Se acordó repentinamente de su tía y exclamó:

—¡Mi tía! ¡La pobre corre peligro! Está sorda y no lo oírás llegar...

El hombre contra el cual había chocado Patsy, se dirigió a su compañero, pidiéndole:

—Por favor, Jimmy, ve en busca de un policía. Pero sin armar ruido...

—¡No me llames Jimmy! Me llamo James...

—Tienes razón, perdona. Haz lo que te digo... Y luego te presentaré a la señorita. Habrá ocasión para todo.

Gruñó James en señal de aprobación y se movió con diligencia para ir a buscar un policía.

El grandazo se presentó a Patsy a la vez que la tomaba del brazo para ayudarla a andar:

—Vamos. Creo que no debe tener miedo... Me llamo Douglas Kellog, “Doug” para mis amigos. Y soy pintor...

Subieron los cuatro escalones que los separaba del portal y penetraron en el zaguán.

Patsy intuyó que Kellog trataba de distraerla para que fuese perdiendo el miedo que la había dominado, que la atenazaba aún y le miró agradecida.

Se desplazaba el pintor a buen paso, aunque daba la sensación de que no tenía prisa pero Patsy se dio cuenta de que casi la llevaba en volandas.

Kellog, como si entrase en la casa de visita, siguió diciendo con normal expresión, aludiendo a su amigo y compañero de profesión:

—James es un excelente compañero, un auténtico valor artístico aunque bastante desquiciado aún; pero siente un complejo de inferioridad a causa de su físico. Sin embargo, yo no lo encuentro tan pequeño como él se ve. Él se empeña en ir conmigo y el contraste es mayor aún que si fuese con otro de estatura más normal que la mía.

Patsy, instintivamente, alzó su mirada, sintiéndose pequeña también al lado del pintor.

Se iba sintiendo más aliviada y a medida que avanzaban tenía suficiente presencia de ánimo para ir encendiendo luces que anteriormente había dejado apagadas en su desesperada huida.

Al deshacer las sombras confiaba en espantar al criminal, si es que este había logrado entrar y estaba aún allí.

Cuando llegaron a la proximidad de la alcoba, volvió a aumentar el temor de la atractiva morena.

Comprendió Douglas algo de lo que sucedía en el ánimo de la joven y se adelantó a ella, entrando en la alcoba de un salto, intentando desconcertar al asesino si se encontraba en la pieza.

No vio a nadie. Al menos, a nadie con vida.

Pero descubrió inmediatamente un cadáver que se hallaba a escasa distancia del lecho de Patsy, las ropas del cual estaban totalmente revueltas, dando la impresión de que se había librado allí una lucha.

El cadáver era el de una mujer mayor, aunque no se la podía considerar una anciana.

A una simple ojeada pensó Kellog que la muerta podía estar entre los cincuenta y cinco y los sesenta años.

Dirigió una mirada a la ventana y vio que estaba cerrada.

Y seguidamente se volvió para mirar a Patsy que se había detenido en la puerta, pálida, casi a punto de desmayarse, mirando fijamente para el cadáver.

—¡Es la señora Smith, no me había equivocado! Pero, ¿cómo han podido...?

Casi no pudo continuar hablando y dirigió su mirada espantada a la ventana cerrada, tal como anteriormente había hecho Douglas. La ventana estaba, tal como ella la había dejado y no era fácil abrirla desde fuera a menos que se rompiese un cristal.

—Es imposible... —balbuceó Patsy finalmente.

—Ya ve que no lo es. Hay menos cosas imposibles de las que generalmente se cree —respondió el atlético pintor.

En la alcoba de la linda y atractiva morena no existían muchos sitios en donde poder esconderse.

Y Douglas, que había entrado resueltamente, registró uno por uno todos los lugares adecuados sin encontrar rastro de intruso alguno.

Pasó seguidamente al cuarto de baño, inmediato. La ventana estaba cerrada también, dando la impresión, de que no había pasado nadie por ella según resultó del examen que hizo sin tocar nada.

Volvió atrás al ver que el cuarto de baño tenía otra salida, pero esta se hallaba cerrada por dentro del mismo.

Y se dirigió a Patsy para preguntarle:

—¿La ventana del cuarto de baño también estaba cerrada?

—Sí.

—¿Seguro?

—Seguro. Cada noche, antes de acostarme, lo compruebo.

—¿No queda ninguna ventana ni puerta abiertas?

—Ninguna. La más valiente de la casa soy yo y está claro que no sería capaz de hacer frente ni a un perro recién nacido.

—¿Quiere que hagamos una inspección antes de que venga la policía?

—Tengo miedo...

—Está protegida por mí. Y más vale que entretengamos el tiempo en algo.

—¿Está muerta? —preguntó la joven innecesariamente haciendo alusión al cuerpo de la señora Smith.

—No la he querido tocar pero no hay duda de que está muerta.

Los dos jóvenes recorrieron el piso rápidamente, comprobando que todas las ventanas estaban debidamente cerradas.

La tía de Patsy, sorda y solterona, dormía tranquilamente, sin enterarse de nada.

Esther, la joven sirvienta negra, estaba escondida debajo de la cama y costó bastante sacarla de ella. Temblaba de miedo y sus ojos parecían a punto de escapar de sus órbitas.

—Vístete, Esther. Ha sucedido algo terrible; sin embargo, no es necesario que despertemos a mi tía. Ella no se ha enterado de nada.

La negra respondió afirmativamente.

Al hablar le castañetearon los dientes de forma que Douglas experimentó compasión y deseos de reír a la vez, aunque fue capaz de

aguantar la risa.

Salieron de la entrada de la alcoba de Esther, dirigiéndose nuevamente a la de Patsy.

Douglas preguntó a la linda joven:

—¿Tiene inconveniente en relatarme lo sucedido?

—Ningún inconveniente...

Y seguidamente hizo un relato de lo que había percibido y de su desesperada huida cuando después de oír estrellarse el cuerpo de la señora Smith contra el suelo, vio al enmascarado intentando forzar su ventana.

Se dio cuenta la joven de que había en su relato mucho de increíble y dijo a continuación:

—¡No piense que estoy loca, por favor! Sucedió todo tal como le digo.

—¿Por qué he de pensar que está loca? Sucede algo anormal, eso salta a la vista. Cosas que no encajan con su relato.

Señaló para el cuerpo de la señora Smith y prosiguió, diciendo:

—Usted oyó que el cuerpo de ella caía o era lanzado por la ventana del piso superior y se estrellaba en la terraza, al pie de su ventana.

—Sí...

—Sin embargo ella no se ha reventado, no presenta herida alguna que haga pensar en tal caída...

—Es cierto. Lo he comprendido también así. No se ve sangre por ningún sitio.

—Además, ¿si ella cayó fuera, cómo ha entrado el cadáver aquí? ¿Quién, cómo y por dónde lo han podido entrar? Usted misma dice que la ventana estaba cerrada.

—Sí... ¡Es para volverse loca, no hay duda!

—Calma. Yo la creo a usted y eso ya es algo pero la policía, el juez, el fiscal, un jurado, tal vez no la crean...

—¡Oh...! —exclamó ella, a punto de desmayarse otra vez.

—Tranquilidad. No trato de asustarla, sino de prepararla para una situación que puede ser difícil.

—Comprendo... —admitió ella.

—¿No vive en la casa nadie más? —preguntó el pintor.

—Mi padre pero está casi siempre ausente, de viaje...

—¿Y su madre...?

—Murió hace, tres años...

Al dar su respuesta Patsy se sonrojó ligeramente y por, su mirada pasó como una chispa de inquietud.

Luego siguió explicando:

—Mi tía Lauren vino a vivir con nosotros para cuidar a mí madre. Y desde entonces se quedó ella encargada de la dirección de la casa.

—¿Hermana de su padre, su tía Lauren?

—No. De mi madre, aunque tía Lauren era mucho mayor que ella. Le llevaba casi veinte años. Mi madre habría cumplido ahora los cuarenta y cuatro años.

—Murió joven... He visto un retrato de ella. Usted se le parece...

—Sí, eso aseguran todos.

Patsy se encontró extraña a sí misma explayándose de aquella manera con un hombre al cual no hacía ni media hora que había conocido, que no sabía bien quién era.

Douglas dio la impresión de poder calar en los pensamientos de la linda morena, a la cual dijo:

—Perdone. No deseo ser indiscreto. Pretendo ayudarla. Y considero necesario que se vaya preparando para las pruebas que le aguardan...

La atractiva chica se sintió sorprendida por la penetración del artista; en el cual intuía un hombre sincero y capaz de protegerla.

Respondió:

—No ha resultado usted indiscreto en absoluto. Ha sido un gran alivio para mí tropezar con usted... Pero ahora que recuerdo. Debo llamar a mí prometido...

—¿Hay un prometido?

—Sí, es mi primo. No había pensado en él hasta ahora...

Después de haber anunciado tal propósito, Patsy consideró que no era necesario llamar a su novio. No le creía muy capaz de apoyarla y defenderla. Pero al propio tiempo sintió el prurito de demostrar a Kellog que no estaba sola.

CAPÍTULO II

Patsy marcó el número de la pensión en donde se hospedaba Wilbur Johnes, prometido y primo en segundo grado.

Le respondió la voz chillona, desagradable y agresiva de la patrona.

—¿Quiere hacer el favor de ponerme con Wilbur Johnes? De parte de su prima Patsy...

—¿Cuántas primas tiene? ¿Es que no lo van a dejar tranquilo entre todas? ¡Pues sí que está arreglado ese pobre joven! ¿Y cree que son horas de llamar?

La mujer dio la sensación de que estaba embriagada.

Iba a colgar Patsy el tubo del micro, cuando la mujer rectificó, lanzó una exclamación de pesar y sorpresa a la vez, y siguió diciendo:

—Perdone, señorita Patsy. No había recordado, a pesar de que él me lo tiene bien advertido. ¡Pero es que son tantas zorras las que lla...!

Se interrumpió, dando la sensación de que se daba un manotazo en la boca y prosiguió diciendo a continuación:

—Perdone otra vez. Ve una tantas cosas, que se le va la lengua sin querer. ¡Con lo que él me ha recomendado que tenga cuidado cuando llame usted!

Patsy lanzó a Douglas una mirada de soslayo, temerosa de que hubiese podido escuchar a la patrona de su primo; pero el joven pintor examinaba una pintura que se hallaba a bastante distancia del teléfono.

—Está usted perdonada. ¿Qué hay de mi primo?

—Verá usted, señorita Patsy. El pobre no se encontraba muy bien hoy y se ha pasado el día en casa. Y ha salido hace escasamente cinco minutos. ¡Yo misma le he visto salir, se lo juro!

—No es necesario que jure nada... Gracias, señora Lowell...

Enhorquilló Patsy el tubo del micro, cortando la comunicación sin hacer caso de las protestas que iniciaba la patrona de su primo.

Y Patsy miró hacia donde se hallaba Kellog, el cual se había vuelto a mirarla a ella, dejando la contemplación del cuadro.

En aquella ocasión la linda morena le miró con franqueza, a la cara, y dijo:

—Creo que no puedo esperar demasiada protección de mi prometido.

Él es así.

El atlético pintor no encontró una respuesta adecuado y dijo:

—¿Era la patrona de su primo?

—Sí.

—Su voz transcendía a alcohol...

—Si el teléfono transmitiese los olores al mismo tiempo que la voz, creo que no hubiese podido resistir ni medio minuto —respondió Patsy.

No sabían qué decirse.

En aquel momento llamaron a la puerta. Fueron juntos a abrir y se encontraron frente al compañero de, Kellog, que llegaba acompañado por un policía de uniforme.

—Cuestan de encontrar, no vayas a creer. Hínchate a pagar impuestos para eso. Sin embargo, cuando no los quieres encontrar, te salen al paso que es un gusto —dijo James.

El policía saludó correctamente, aunque no parecía de buen humor. Y dijo luego dirigiéndose tanto a Patsy como a Kellog:

—El señor da la impresión de no encontrarse muy bien de la cabeza, dicho sea con todos los respetos.

Antes de que el compañero de Kellog pudiese replicar, preguntó:

—¿Es cierto que se ha cometido un asesinato?

—Sí. Pase —respondió Douglas asumiendo la dirección del asunto.

Caminaron en silencio hasta la alcoba de Patsy, y al llegar a la puerta de esta señaló para el cadáver la propia Patsy, diciendo:

—Ahí la tiene.

—¿Saben quién la ha matado? —preguntó el policía.

James intervino nuevamente, exclamando:

—¡Esa sí que es buena! ¿Para qué queremos a la policía si le tenemos que dar todo hecho? ¿Para qué se les paga? ¿Me lo quiere decir? Sus sueldos salen del contribuyente. ¿Por qué no intentan ganárselo?

—¿Cuál es su profesión, señor? —preguntó el policía inesperadamente dirigiéndose a James.

—Pintor.

—Pues pinte y calle. Será lo más conveniente para todos.

Miró el policía para Patsy primero, para Douglas después y preguntó:

—¿Quién es el dueño de la casa? ¿Puedo usar el teléfono?

—Puede usarlo —autorizó Patsy.

El hombre marcó el número correspondiente a la central de policía y pidió una vez al habla con ella:

—¿Homicidios?

—Ahora le ponemos —respondieron.

Una vez encontró respuesta, se presentó:

—Aquí Earlt Talbot, agente número 823. Se ha cometido un asesinato en la Golden Street, número 172.

—Teniente Barton al habla, Talbot —le respondieron—. ¿Cómo ha sucedido?

—Lo ignoro, señor. Me llamaron, he acudido. Está todo tranquilo.

—¿Quién es el muerto? —preguntó el teniente Barton.

—Se trata de una señora. Tal vez anduviese por los sesenta.

—Antes de tres minutos estaremos ahí. Avisaré al fiscal y lo recogeré de paso que voy.

—Sí, señor.

Cortaron la comunicación desde la otra parte y el policía enhorquilló el tubo del micro.

Se volvió lentamente y se dirigió a Patsy y a Douglas, prescindiendo por completo de James.

—Es inútil que les interroque. No es de mi competencia. De la actitud de ustedes y de lo que dijeron antes se desprende que el asesino no está aquí.

James respondió en tono cáustico:

—Eso creemos, a menos que el matador sea usted.

—Un poco de respeto, ¿no? —pidió el policía.

—¿Acaso un policía no puede ser un asesino? —preguntó el pequeño pintor, divertido.

—Se puede convertir en un asesino si se encuentra con un ente impertinente como usted.

Talbot infló el pecho mientras que por su parte James se engallaba, diciendo:

—¡Usted sí que tiene cara de ente! ¿O es que no se ha mirado a ningún espejo?

—Por favor, un momento —pidió Kellog—. La señorita Stewens desea conocerte. Agradece mucho que hayas ido en busca de la policía...

Sonrió James. Patsy le tendió su mano derecha y Douglas, un poco en broma, hizo la presentación:

—Señorita Stewens, el señor James Contray. Señor Contray, la señorita Patrice Stewens.

Se inclinó James ligeramente a la vez que estrechaba la mano de la linda morena a la que dijo:

—Encantado de conocerla, señorita Stewens. Usted sí puede llamarme

Jimmy.

—Y usted a mí me puede llamar Patsy.

—Gracias. ¿Debo darle el pésame?

Aludió Contray al cadáver de la señora Smith y Kellog se apresuró a responder por Patsy:

—Todavía no. Habrá que dárselo cuando le hagas el retrato. Porque no hay duda de que al menos intentarás hacérselo.

Lo dijo con gracia y sonrieron discretamente los tres jóvenes mientras que el policía examinaba en silencio, y sin tocar nada, todo lo que le rodeaba, en particular, la ventana. Seguidamente, tras pedir permiso a Patsy con la mirada, se asomó al cuarto de baño.

Contray en tanto acusaba a su compañero:

—Eres un bárbaro, “Doug”. Un primitivo. Comprenderás que rebasada la primera mitad del siglo Veinte no vale la pena pintar como hace trescientos o cuatrocientos años. No importa el rostro de las personas, sino su espíritu. Eso es lo que se debe pintar. El arte figurativo...

—Por favor, James. Si prosigues, la señorita Stewens va a pensar que has ingerido más *whisky* del que puedes admitir y me censuraría con razón, por habértelo permitido.

El policía sintió ganas de reír, pero las aguantó, deseoso de evitar conflictos, e hizo como que no había oído nada.

Patsy pidió a la negra que preparase dos calmantes, uno para cada una, y la sirvienta, que se había acercado a la puerta aunque sin atreverse a asomar, desapareció rápidamente.

Poco después llegaban el teniente Barton, el fiscal del distrito Barry Greenland, el sargento Cassidy y dos agentes.

Hechas las presentaciones pidió el teniente a Patsy:

—¿Quiere relatarnos lo sucedido?

—Sí, señor...

Como había hecho anteriormente a Kellog, Patsy hizo un relato bastante exacto de lo que ella conocía.

A medida que avanzaba en su relato notaba que el gesto de incredulidad que habían comenzado a reflejar los rostros de sus oyentes, se acentuaba, y llegó a ponerse nerviosa a pesar del calmante que había tomado.

Antes de llegar al final se interrumpió para decir:

—Sí no me creen no vale la pena que continúe...

El fiscal Greenland permaneció silencioso mientras que el teniente Barton decía:

—Continúe, por favor. No dudo de que está diciendo la verdad; pero

debe convenir conmigo en que concurren circunstancias que hacen poco creíble su relato. Usted huyó cuando el pretendido asesino parecía dispuesto a forzar la ventana y entrar. El cadáver de la señora Smith se había estrellado ahí fuera contra el suelo...

—No lo he asegurado. Oí un golpe y como la señora Smith había gritado, consideré que se había estrellado contra el suelo. ¿Qué hubiese pensado usted en mi caso, teniente?

Miró fijamente al oficial que se sonrojó ligeramente, pidiendo a continuación:

—Continúe, por favor.

Cambió Patsy una mirada con Kellog, que se mantenía en plan de observador, y el pintor aprobó con un movimiento de cabeza y una sonrisa.

—¿Qué diablos pinta usted aquí? —preguntó él fiscal, que se sintió molesto, dirigiéndose a Kellog cuando sorprendió el cambio de miradas entre Patsy y el joven.

—En este momento no pinto. No me sentía inspirado esta noche. Además, prefiero hacerlo de día, con luz natural. Soy un bárbaro o un primitivo, como dice mi amigo Contray aquí presente.

Los policías y el fiscal cambiaron entre sí miradas de asombro, sin comprender al joven.

El fiscal, que había permanecido silencioso escuchando a Patsy y observando lo que le rodeaba, cortó con el ademán a Patsy que se disponía a reanudar su relato.

—Parece que los señores Kellog y Contray no tienen nada que ver con lo sucedido aquí.

—No tienen nada que ver, es cierto...

—En ese caso están de sobra; caballeros, pueden irse.

—Sabemos que podemos irnos, señor fiscal; pero eso no quiere decir que nos vayamos. Estamos en casa de la señorita Stewens y es ella quien puede echarnos.

Contray, que no había intervenido hasta el momento desde la llegada del fiscal, dijo dirigiéndose a este:

—¡Y pensar que yo le voté creyendo que era usted inteligente! Para la próxima no cuente con mi voto.

El teniente dirigió al fiscal una mirada recomendándole prudencia, pidiendo de nuevo a Patsy:

—¿Quiere continuar?

La joven terminó su relato.

Coincidió ello con la llegada del forense y los empleados de la

“morgue” para hacerse cargo del cadáver.

El fiscal pidió al teniente Barton:

—¿Quiere examinar las ventanas? Debo saber si pueden abrirse desde fuera o si presentan algún síntoma de que han sido forzadas.

El teniente descargó en el sargento Cassidy, diciendo:

—Cassidy es un buen especialista en esas cuestiones. Me gusta llevarlo en estos casos.

—¿Sabía usted el juego que podía dar una ventana, teniente? —preguntó a su vez Contray, quien añadió—: Y por favor, no diga que eso es faltarle al respeto.

—Ha dado la casualidad de que Cassidy estaba de guardia, y me alegro de ello —respondió el teniente.

Cassidy se entregó a su tarea mientras que el forense examinó detenidamente el cadáver de la señora Smith.

Cuando hubo terminado, informó:

—Han intentado estrangularla, pero no lo han conseguido. Y entonces la han golpeado en el cuello, desnucándola.

El fiscal, sin decir nada, miró a Patsy, cuyo aspecto deportivo a pesar de su finura, podía hacer pensar que era muy capaz de desnucar de un golpe a una persona.

El sargento Cassidy entró a poco, asegurando:

—Las ventanas no se pueden abrir desde el exterior a menos que se violenten y habrían de dejar señal. Y por fuera no se ve señal alguna de violencia.

El fiscal intervino dirigiéndose al sargento:

—Usted que ha estado por fuera, ¿ha visto alguna señal que haya podido dejar un cuerpo lanzado desde el piso superior?

—Escuché el relato que hizo la señorita Stewens y también me fijé en eso. No hay señal alguna.

Patsy, mentalmente, comenzó a dar la razón a Douglas. La aguardaban momentos de prueba.

El fiscal Greenland, una vez escuchadas las respuestas del sargento se dirigió a Patsy, diciéndole:

—¿Por qué no nos hace un nuevo relato que se ajuste más a la verdad de los hechos?

La dueña de la casa respingó y dirigió al fiscal una mirada poco amable, preguntándole:

—¿Quiere decir que he mentado?

—Quiero decir que desde el exterior no le han podido meter aquí el

cadáver a menos que usted abriese desde dentro. Usted u otra persona. Y que la difunta no se estrelló contra el piso tras una caída desde el piso superior.

El teniente intervino a su vez para decir a Patsy:

—Sea razonable, señorita Stewens. Si la señora Smith entró en su casa, la provocó y usted la mató en defensa propia, debe decirlo. La justicia es comprensiva.

—¡No maté a la señora Smith ni la había visto en todo el día! No tenía con ella amistad ni enemistad. Nos conocíamos, nos saludábamos cuando nos encontrábamos y de ahí no ha pasado la cosa.

—Los muertos no se filtran por las paredes... —intervino en tonillo hirientemente humorístico el fiscal.

Kellog se mostraba discreto considerando que con ello ayudaba a Patsy. Había observado a unos y otros y objetó dirigiéndose al teniente:

—Según ha declarado la señorita Stewens, la despertó un grito de la señora Smith, grito al cual siguió ruido de lucha. Tal vez han quedado arriba huellas de la lucha sostenida por la señora Smith con su asesino.

El teniente indicó a Cassidy que debía subir.

Kellog ofreció:

—Yo le acompañaré. Quiero echar un vistazo.

—¿Es que no se fía del sargento Cassidy? —preguntó el fiscal enfadado.

—La señorita Stewens no tiene quien la oriente ni la defienda, al menos en este momento. Aunque mi profesión no es la de abogado, voy a asumir ese papel momentáneamente.

—Vaya, Kellog, se lo agradeceré —pidió la joven.

Dieron la vuelta por el exterior los dos hombres y miraron hacia la ventana desde la que supuestamente había sido lanzada la señora Smith. Estaba cerrada y lo mismo sucedía con las otras.

Volvieron a donde estaban reunidos todos y Cassidy informó:

—Las ventanas están cerradas; no se puede entrar por ellas desde afuera. ¿Quiere ver si la señora Smith lleva llaves?

Fue el propio fiscal quien registró las ropas de la señora Smith, encontrándole unas llaves. Dijo:

—Vamos, tal vez sean estas. Quiero estar presente. Por lo menos, debo autorizar con mi presencia la entrada en la casa; porque supongo que la señora Smith estaría sola.

—Ahora ha demostrado penetración e inteligencia, fiscal; mi enhorabuena. Si sigue por ahí, tal vez me decida a votarle —dijo Contray.

El fiscal no respondió, aunque lo fulminó con la mirada.

Una de las llaves abrió el piso de la señora Smith. Era pequeño ya que constaba de una pequeña sala que servía a la vez de dormitorio, una pequeña cocina unida al vestíbulo bastante amplio, y un cuarto de baño reducido.

Estaba todo en perfecto orden.

Las ventanas estaban cerradas por dentro.

Comprobado todo por el sargento Cassidy y el fiscal en presencia de Kellog, el segundo dijo dirigiéndose al pintor:

—Creo que la cosa está clara. Aquí no ha habido ninguna pelea. Hay orden, ¿no? —preguntó con viva ironía.

—El asesino ha podido arreglarlo después de realizada su hazaña.

Dirigió el joven su mirada al piso encerado, señalando para las leves rayas que se destacaban en la cera.

—Eso es reciente, señor Greenland. No creo que la vieja se divirtiera arrastrando los pies o patinando.

—Tiene usted mucha fantasía, ¿no cree? —preguntó el fiscal.

—Ya le responderé en el momento adecuado —respondió Kellog sin inmutarse.

El fiscal ordenó a Cassidy:

—Quédese de guardia aquí. Ahora subirá el equipo técnico para tomar huellas dactilares, si las hubiese, en los pomos de las puertas y cualquier otro lugar que consideren oportuno.

—Sí, señor —respondió Cassidy de mala gana.

Al sargento le fastidiaba la intervención en las funciones de policía del fiscal, que era de elección, y no un profesional por más estudios de leyes que tuviese.

Greenland y Kellog, bajaron. El primero informó al teniente con evidente satisfacción:

—Todo en orden. No obstante, que suba el equipo técnico a ver si encuentra huellas digitales que puedan interesar. Pueden fotografiar también las huellas de los pies en el encerado —recalcó con ironía—. Será la primera vez en la historia del crimen.

El fiscal se dirigió entonces a Patsy, diciéndole:

—Señorita. Lo siento, pero no voy a tener más remedio que detenerla en nombre de la Ley por el asesinato de la señora Smith.

Señaló luego para Kellog y dijo:

—Le recomiendo que se busque un buen abogado que la oriente y la defienda. No creo que le sirva un aficionado. Y tampoco lo podemos

admitir. Cada cual a lo suyo.

Contray dijo mirando al fiscal:

—No hay voto. Está claro que la primera impresión es la que vale.

—Por el momento todo condena a la señorita Stewens que ha estado intentando burlarse de nosotros. Pero los que representamos a la Ley no podemos dejarnos llevar de sentimentalismos.

CAPÍTULO III

Douglas se dirigió a Patsy que le había mirado asustada.

—No se preocupe. Si es necesario se buscará el abogado. Por el momento no es necesario. El fiscal no la detendrá. No hay pruebas para ello. Y como él no es invulnerable, que se atreva a detenerla sin pruebas...

El fiscal respingó y abrió los ojos mostrando asombro. Luego dijo en tono sarcástico:

—¿Le parece poca prueba que esté aquí el cuerpo del delito? ¿Ha entrado solo filtrándose por las paredes?

Siguió un lapso de silencio, dando la sensación de que las palabras del fiscal eran irrefutables.

Contray intervino entonces, diciendo:

—Yo he abierto en más de una ocasión ventanas de este tipo desde fuera. Lo he hecho cuando era un muchacho, cuando salía de noche sin que se enterasen mis padres...

—¡Vaya! —exclamó el fiscal queriendo aparecer burlón mientras que el teniente Barton parecía interesado.

—Búrlese, fiscal. Así sigue demostrando su inteligencia. Da la impresión de que usted no busca hacer justicia, sino llevar a una persona a la prisión, lograr una condena, sea culpable o no quien cargue con ella.

Contray habló en serio en aquella ocasión.

Tomó luego de uno de sus bolsillos dos gomas de borrar, abrió un poco la ventana y las colocó, dejando caer el cierre sobre ellas.

Seguidamente se dirigió al fiscal.

—¿Por qué no sale ahora y prueba a abrir? Seguramente que le resultará bastante fácil. Da la impresión de que está cerrado, pero no lo está...

El fiscal no se movió, limitándose a decir:

—Eso no prueba que el asesino haya actuado así.

—Pero demuestra que puede haberlo hecho. Entonces la prueba que significa el encontrar el cuerpo del delito aquí, pierde bastante importancia —adujo Kellog.

—Decididamente no lo votaré —señaló Contray volviendo a su tono burlón.

—Los asesinos tratan siempre o casi siempre de que no se les pueda

culpar. Y nada mejor que hacer las cosas de forma que otro cargue con su crimen. El hecho de que el cadáver esté aquí demuestra que se trata de ese tipo de asesino... —arguyó Kellog.

—Eso no lo podrán demostrar.

—Ni usted podrá justificar que la señorita Stewens es la asesina a pesar de que el cadáver se ha encontrado aquí dentro. Y para condenar a una persona se ha de demostrar que es culpable. No es ella quien tiene que probar su inocencia —señaló Douglas con energía.

El teniente Barton parecía divertido por aquella especie de duelo que se libraba entre el fiscal y los dos amigos.

Kellog preguntó a Patsy, que volvía a sentirse asustada por la actitud del fiscal:

—¿La señora Smith era viuda o divorciada?

—No era viuda. Estaba separada del marido aunque no puedo asegurar que se haya divorciado. Parece que están simplemente separados. Al menos, es lo que he oído. El marido es bastante más joven que ella.

—¿Rica?

—Sí. Es lo que se dice —respondió Patsy sintiéndose confortada por el sustancial apoyo que le ofrecía Kellog.

—¿Qué quiere demostrar con eso? —preguntó el fiscal.

—Estoy tratando de ofrecerle datos para que inicie una investigación sobre los posibles móviles del crimen. Así resulta más fácil descubrir al asesino. Y se evitará usted un tropiezo.

—Procure por usted y déjeme en paz, Kellog. Tengo sobrada experiencia y buenos asesores —respondió Greenland.

Al nombrar a los asesores hizo mención al teniente Barton, deseoso de congraciarse con él, pues había advertido en el oficial de policía una animosidad semejante a la del sargento Cassidy.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó el pintor mostrándose suspicaz.

—Que su actuación en todo esto me va resultando sospechosa. Tal vez ha sido usted el autor y está tratando de desviarnos...

—Ella me encontró cuando el asesino estaba aún detrás de la casa, al pie de esa ventana, precisamente.

—Ella puede ser su cómplice...

Kellog miró al fiscal de pies a cabeza, midiéndolo con la vista, para decirle después lentamente:

—Si su actuación aquí no fuese en representación de la justicia, le invitaría a que saliésemos afuera y nos rompiésemos la cabeza. Siga usted

el camino que le parezca mejor y si se estrella, allá usted. Pero procure no perjudicarnos ni a la señorita Stewens ni a nosotros sin motivo, porque lo sentirá. Ya le he dicho antes que su cargo no lo hace invulnerable.

En cuanto a Patsy, cuando Kellog hubo terminado, preguntó al fiscal con mal contenida violencia:

—¿Quiere decir que he mentido? ¿Qué me he inventado un relato para proteger al asesino de la señora Smith, y que soy su cómplice?

El fiscal se sintió en evidencia y se apresuró a responder:

—No he llegado a tanto, señorita. Mi obligación es sospechar de los que estaban cerca de la víctima, particularmente, cuando la cosa está tan poco clara.

—Usted es tonto y en su casa no lo saben —terminó diciendo la chica en tono bastante agresivo.

En aquel momento dio la impresión de que sus nervios, bajo las presiones a que estaban sometidos, estaban a punto de estallar.

Kellog se dio cuenta de ello y se apresuró a tranquilizarla.

—Tranquila, amiga mía, calma. El señor Greenland parece que quiere adquirir notoriedad a costa de lo que sea. Y la logrará, no hay duda —añadió con viva ironía el pintor.

—Decididamente no le votaré en las próximas elecciones —dijo James Contray, provocando la risa del teniente Barton.

—¿Conoce algún buen abogado, señorita Stewens?—preguntó Kellog.

—De momento, no. Hago una vida bastante aislada. Ignoro si mi padre... El vendrá tan pronto se entere de esto.

—No se preocupe de momento. Yo tengo amistad con Isaac Lester. Me pondré en contacto con él para que se encargue del caso. De esta manera si el señor fiscal se decide a acusarme, Lester estará bien preparado ya.

A Greenland no le hizo gracia el nombre del abogado, el cual le había ganado ya algunos casos.

Lo notó Kellog, el cual conocía la rivalidad de los dos hombres, y se dirigió al fiscal:

—¿Algo que oponer?

—Nada que oponer.

—¿Piensa hacer una acusación formal contra la señorita Stewens? ¿Ha decidido ya si la va a detener o no?

—Por el momento no hay acusación ni la voy a hacer detener.

El fiscal pidió a Patsy:

—Debo interrogar a su tía.

—¿Para qué la va a molestar? Puede hacer lo que quiera, pero la va a

asustar y luego no podrá dormir en toda la noche. Y no logrará nada de ella puesto que ignora todo y está sorda. Puede interrogar a la sirvienta y ella le informará, si es que no se fía de mí.

—Interrogaré a la sirvienta.

Patsy llamó a Esther, la cual llegó temblando, dando la sensación de que iba a ser víctima de un ataque.

Y el interrogatorio no dio ni con mucho el resultado que el fiscal hubiese deseado.

Esther confirmó que la tía de Patsy estaba sorda y no se enteraba jamás de nada.

En cuanto a lo sucedido aquella noche, dijo con voz entrecortada que había oído gritos y ruidos, y que se había escondido debajo de la cama arrebujada en una manta.

—¿Y por qué no acudió en auxilio de su señora? —preguntó el fiscal dándoselas de listo.

—El ruido era arriba...

—¿Y se escondió debajo de la cama?

—Sí, señor. Yo tenía mucho miedo...

—¿La señora Smith venía con frecuencia a esta casa?

—Yo no la vi entrar jamás, señor. Ni la señorita Patsy iba a su casa. No había amistad entre ellas.

—¿Y enemistad?

—Tampoco. La señorita Patsy no tiene enemigos.

—¿Y la señora Smith?

La negra se limitó a encogerse de hombros mientras Contray decía en tonillo burlón:

—Debemos reconocer que es extremadamente hábil en sus interrogatorios. ¿Podrá con la pobre negra? —preguntó aún en tono despectivo.

—¿Conoce al marido de la señora Smith? —preguntó el fiscal a la sirvienta.

—Una vez la vi con un hombre. Me dijeron que era su marido, pero yo no lo creí. Era mucho más joven que ella.

—¿Cómo cuánto?

—No lo sé, señor. Quince, tal vez veinte años...

Mientras el fiscal interrogaba a la criada, Contray demostraba al teniente Barton y al sargento Cassidy que colocando las gomas como él decía, la ventana daba, por dentro la sensación de estar cerrada. Y sin embargo resultaba fácil de abrir desde fuera.

—Pero, ¿quién las ha podido colocar si su teoría fuese correcta? —preguntó el teniente Barton.

Intervino Kellog, que se había reunido a ellos acompañado de Patsy.

—Tengo la impresión de que es obra de alguien que conoce bastantes peculiaridades de ambas casas —opinó Kellog—. La tarea para ustedes no debe resultar difícil. No creo que haya mucha gente que esté en esas condiciones.

El fiscal daba la impresión de que quería hacer una presa y se acercó al grupo, preguntando de manera brusca a Patsy:

—¿Su sirvienta tiene novio?

—Se pregunta por favor, señor fiscal —recomendó Kellog.

—¡Ya estoy harto de sus lecciones! —gritó el fiscal.

—Sea educado y no tendrá que recibir tantas.

—El novio de Esther va embarcado —respondió Patsy—. En estos momentos debe estar en la flota del Mediterráneo. Pero puede comprobarlo si no me cree.

Esther, a instancias de Patsy, enseñó la carta recibida desde un puerto español, aquel mismo día.

Interrogada por el propio fiscal declaró que nunca, hasta aquella noche, había visto a Douglas Kellog ni a James Contray.

El fiscal, más que cansado, aparecía contrariado.

El cadáver de la señora Smith fue retirado, y poco después se marcharon el fiscal y los policías, aunque quedaron dos agentes de guardia, uno de ellos a la puerta de casa de Patsy y otro a la del departamento de la señora Smith.

Una vez salieron de casa de Patsy, se tomaron algunos informes tanto con relación a la joven como a la asesinada.

Con respecto a esta supieron que era rica, que hacía una vida bastante retraída y que según se decía estaba separada del marido, bastante más joven que ella, el cual vivía con otra.

El fiscal comentó con Barton:

—Tal vez el móvil del asesinato haya sido el robo. Tendremos que hacer averiguaciones en torno al marido. Pero, ¿por qué han intentado colgarle el muerto a esa chica?

—Cuando demos con el asesino, los sabremos —respondió Barton.

—¿Serán esos dos fulanos tan inocentes como pretenden? La chica puede estar ofuscada. En realidad ella perdió el control de sí misma, la noción del tiempo...

El teniente Barton hizo un ademán de indiferencia, diciendo a

continuación:

—Me gusta caminar por terreno seguro. Tal vez por eso no pasé jamás de ser un mediano oficial de policía. Seguro que no llegaré jamás a un puesto como el suyo.

Había ironía en la expresión de Barton. Y Greenland permaneció silencioso.

El policía siguió, diciendo:

—Aparte las averiguaciones que haga en torno al marido de la señora Smith, trataré de conocer en dónde tiene esta su dinero, si estos días ha sacado alguna cantidad importante. Y quién podía saber que ella la había sacado. Luego, veremos...

En tanto, los dos jóvenes se despedían de Patsy, la cual daba la impresión de haberse tranquilizado totalmente.

—Si me lo permite, la veré mañana. Antes habré hablado con mi amigo Lester... —señaló Kellog.

—¿Se refiere al abogado?

—Al mismo. Estimo conveniente que tenga estudiado el caso por si el fiscal se empeña en intentar fastidiarnos.

—Les aguardo a las doce...

CAPÍTULO IV

Douglas y James se habían alejado más de trescientos metros de la casa de Patsy, cuando el segundo de ellos se tocó con ambas manos en el pecho a la vez que se detenía. Y exclamó:

—¡Mis gafas! ¡Me he dejado mis gafas y no podré leer!

—No pretenderás que volvamos por ellas...

—No es necesario que vengas. Puedo ir yo solo —respondió Contray.

—Estás lleno de trucos, James. Te las has dejado adrede; pero no creerás que soy tan tonto como para dejarte que vayas solo...

—¡Está bien, puedes acompañarme! No sabía yo que resultaba un peligro para las chicas estando tú por medio...

—No es necesario que me des caba. Iremos los dos o no vamos ninguno...

—Está bien, como quieras —se resignó Contray.

Volvieron sobre sus pasos y apenas si habían caminado una cincuentena de metros cuando se detuvo Kellog, colocando uno de los brazos delante de Contray para evitar que este pudiese continuar.

—Quieto.

—¿Qué sucede?

—¿No ves, allí enfrente...?

—¡Es ella! ¡Patsy Stewens! —exclamó asombrado Contray, quien preguntó seguidamente—: ¿Nos habrá seguido para saber quiénes somos?

—No nos ha seguido. Va a alguna parte.

—Y no nos ha invitado —manifestó Contray con ironía.

—¡Va a tomar un taxi! —exclamó Kellog.

—No nos ha visto. Tomamos nosotros otro y la seguimos... —propuso James.

—No pienso seguirla. Que vaya a donde quiera.

—Tienes razón, que vaya donde quiera. Pero yo sí voy a seguirla. Me ha gustado la chica y le preguntaré por mis gafas. Tal vez las ha visto, y hasta puede llevarlas en el bolso...

Contray había descubierto un taxi libre y lo llamó en el mismo momento en que Patsy subía al suyo.

Subió Contray al taxi y señaló el de Patsy, que arrancaba en aquel momento.

—Sígalo, por favor...

Contray había dejado la portezuela abierta como quien no se da cuenta del detalle y antes de que el chófer la cerrase, se coló Kellog dentro del vehículo, dejándose caer en el asiento.

—Creo que no debo dejarte solo. Las cosas se pueden complicar.

—Está bien. Me vas a crear un complejo de inferioridad de los de aquí. Pero a ti hay que dejarte o tomarte cómo eres.

El taxi se había puesto en marcha y siguió a prudente distancia al otro.

Apenas si habrían recorrido un par de millas cuando se detuvo el coche que ocupaba Patsy. Bajó la chica y se quedó mirando para un edificio bastante alto y de buena traza.

Se disponía a entrar en él, pero surgió del portal un hombre joven vestido con elegancia que tenía algo de pretencioso. Era un sujeto casi tan alto como Kellog, bien proporcionado y cuyos modales, sin dejar de ser viriles resultaban algo almibarados.

Patsy emitió un leve grito e inició la huida, deteniéndose cuando él llamó:

—¡Eh, Patsy! ¡Soy yo!

Kellog, que descendía del taxi mientras Contray se encargaba de pagar, había iniciado un movimiento para intervenir en auxilio de Patsy, pero se detuvo al ver que ella se paraba al ser llamada por el hombre.

—¡Cáscaras! Ese debe ser el primo y prometido...

El hombre intentó abrazar y besar a Patsy, pero esta opuso con firmeza una mano, permitiendo únicamente que él la besara en la frente.

Kellog, fuera de la voz de él cuando la llamó, no podía escuchar sus palabras, teniendo que conformarse con deducir lo que decían sus gestos y ademanes.

—Bien, parece que ella no está demasiado satisfecha con su, llamémosle prometido.

Dedujo Kellog que él la habría llamado y que ella acudía a verle, seguramente deseosa de conocer la pensión en que vivía y a su alcohólica dueña.

Le pareció que Patsy se disponía a entrar en el edificio para subir a la pensión; pero el hombre se opuso, señalando en dirección a un próximo bar restaurante que parecía bastante animado a pesar de lo avanzado de la hora.

Estaban Kellog y Contray bastante más cerca del restaurante en cuestión y el primero se decidió a adelantarse a la pareja.

—Vamos, James. Si entramos primero no puede pensar nadie que los seguimos. Y si nos damos prisa, ni siquiera nos verán entrar.

—Está bien, “jefe”.

—A menos que prefieras esperarla y preguntarle por tus gafas —dijo en broma.

—Tú no lo deseas y yo tampoco. Además, pienso que si me acerco tendré que romperle la cabeza a, su acompañante.

Echó a andar Contray, siendo el primero en entrar en el establecimiento, que estaba casi lleno.

A Kellog le bastó una ojeada para decidir el punto que debían ocupar, seguro de que la pareja no podría quedar lejos de ellos ya que no había mucho donde escoger, y el punto seleccionado por Kellog era el más discreto de la sala. Y ofrecía la ventaja de que las mesas estaban separadas entre sí por bastidores de madera enrejillada que dificultaban la visión de unas a otras mesas.

Apenas los dos artistas se hubieron sentado, se acercaron a ellos dos lindas jóvenes.

Contray las recibió con una sonrisa, pero Kellog se dio prisa en decir:

—Vais a excusarnos, muchachas, pero deseamos estar solos. Hemos de tratar cosas que os van a aburrir. Podéis venir por el estudio el rato que queráis.

La sonrisa de Contray se quebró. Y el hombre dijo en apoyo de su compañero.

—“Doug” tiene razón. Tenemos que tratar de un problema de arte figurativo y arte abstracto. Ya sabéis que es un primitivo y se pone un poco pesado.

—Pues a mí me gusta más como pinta él que como lo haces tú.

—Lo comprendo. De tu linda cabecita no se podía esperar otra cosa. Y te gusta también él más que yo. Nada que objetar. Entonces, nos veremos pronto en el estudio...

Mientras conversaban con las dos chicas pasaron Patsy y su acompañante. Marchaban silenciosos. Delante Patsy, seria, enfadada casi, mientras que el hombre mostraba cierta preocupación en su gesto.

Gracias a las chicas que cubrían a los dos artistas, y a su propia preocupación, Patsy no vio a los amigos y pasó a sentarse en la mesa contigua.

Kellog sonrió satisfecho al ver que no había errado en sus cálculos.

El acompañante de Patsy dirigió una torva mirada a las chicas que acompañaban en aquel momento a los pintores, despreocupándose de estos.

Tanto Patsy como su acompañante tomaron asiento y pidieron sus respectivas consumiciones.

Hicieron lo propio Kellog y Contray, que habían quedado solos y que se dispusieron a escuchar.

Kellog, de oído más fino, se colocó de espaldas al bastidor, situándose en las mejores condiciones para escuchar mientras que Contray, situado también cerca del bastidor, sacó bloc y lápiz, dispuesto a fingir que discutía un asunto artístico con su amigo cuando en realidad se preparaba también a oír.

La conversación entre Patsy y su acompañante se inició apenas el camarero se hubo separado de ellos.

Comenzó Patsy que dijo en tono que no estaba exento de dureza:

—Tengo en ti un magnífico apoyo. Tanto que he decidido romper nuestras relaciones.

—Estás nerviosa, Patsy. Creo que debes reflexionar. Recuerda cómo comenzó tu madre. Y piensa en su desgraciado final.

—¿Quieres decir que estoy loca? —preguntó irritada la joven, levantándose a medias.

—Obsérvate a ti misma —respondió Wilbur Johnes con flema.

Señaló una pausa para dejar bien clara la actitud de Patsy.

—Salvo en los casos de lesiones, yo soy de los que creen que la mayor parte de las locuras son voluntarias o por abandono, por dejarse llevar de los nervios. Y temo que tú puedes verte en ese caso.

—Te he referido ya lo sucedido. He tenido que ser ayudada por unos desconocidos que me han apoyado cuando me he visto acusada. Te he llamado y no estabas. No has venido hoy... ¿Se puede saber qué clase de apoyo tengo contigo?

—Ayer poco menos que me echaste de tu casa. Y yo tenía que dar una solución a mis problemas para poder volver a tu lado con la cabeza alta.

—Por eso has permanecido la tarde y buena parte de la noche en casa según me ha dicho tu patrona. Por cierto, me gustaría conocerla. Estoy segura de que había bebido más de la cuenta.

—Es muy posible; pero es una mujer buena, comprensiva, todo corazón...

—Lo he adivinado inmediatamente. Y con una educación exquisita...

—No me preocupa su educación sino que me atienda bien. No pienso salir con ella... Pero vamos a lo que importa. Tengo los diez mil dólares que me prestaste y te los voy a devolver ahora mismo...

—¿Me llamaste para eso?

—No. Hubiese ido mañana. Cuando llegué a casa con todo resuelto, la señora Lowell me dijo que habías llamado y que parecías bastante apurada.

—¿Lo has resuelto tumbado en tu cama? —preguntó con no poca ironía.

—No. Comencé las gestiones anteayer, tan pronto salí de tu casa. No tuve suerte...

—Ya sé que no tuviste suerte. Jugaste en “Las Vegas” y perdiste...

—Sí... No sabía qué poseías tan buenos informadores... Esta mañana llevé mis gestiones por otro sitio. No había dormido apenas, estaba deshecho. Y como me tocaba aguardar, me acosté a descansar. Luego he solucionado la cuestión y ya te puedo entregar tus diez mil dólares. ¿Los quieres ahora?

—Sí.

—De acuerdo. Iré un momento por ellos.

—¿Por qué no hemos ido a tu pensión?

—Allí no les importan mis cosas. A pesar de las aficiones de la señora Lowell con relación a la bebida, hay gente distinguida hospedada allí. Y yo no quiero que la cosa trascienda. Ya sabes aquello de que las paredes tienen oídos.

—Gente distinguida, así como tú... —ironizó Patsy.

Wilbur fingió no captar la ironía de la linda morena y dijo:

—¡Oh! Yo soy el más humilde de todos, el menos distinguido. Entre los huéspedes hay un importante financiero que me ha prometido un puesto de secretario. El que tiene es muy viejo ya, y la chica que lo ayuda se casa y lo abandona...

—¿Es él quien te ha prestado el dinero para que me pagues?

—¡Oh, no! No soy tan tonto como para eso. Pedir dinero a un financiero cuando no se tienen bienes para responder, es tanto como perder su estimación. Y yo necesito el puesto que me ha brindado... Bien, voy en busca de los diez mil dólares...

—¿De dónde has sacado ese dinero?

—Eso es cosa mía. Te voy a pagar, ¿no?

—¿Y vas a pagar también las deudas que dejaste anoche en “Las Vegas”? Tengo entendido que ascienden a una suma importante...

—¿Por qué no dejas en paz mis asuntos económicos? Te pago a ti que es lo que puede interesarte, ¿no?

—Tienes razón. Si llevásemos adelante nuestras relaciones me interesaría todo lo tuyo; pero como quedan cortadas en este instante, puedes hacer lo que quieras. No me importa de dónde hayas podido sacar el dinero ni tampoco las deudas que puedas tener.

Iba a replicar Wilbur, pero su prima le cortó con expresión tajante,

diciendo:

—Ya te he dicho que no me interesa lo tuyo. Ve por el dinero y terminaremos aquí mismo. Luego, cuando menos te acerques por casa, mejor...

Johnes se rascó el cogote, provocando un comentario cáustico de Patsy.

—Un ademán poco elegante para tus pretensiones, Wilbur. Algo que he visto hacer en las películas a la gente de poco más o menos.

—Dejemos eso... No podemos romper, Patsy. Yo te quiero, te necesito. Tú me amas también...

—Yo podía haberte querido; te necesitaba porque estaba muy sola, pero me has defraudado. En cuanto a tu cariño por mí, no existió jamás. Te llamaban tus más o menos sucias aventuras...

Señaló una pausa la joven y prosiguió dando énfasis a lo que decía:

—La única verdad que has dicho es que me necesitas, pero no por mí sino por mí dinero. Y no estoy dispuesta a que lo tengas.

—Tu dinero... Parte de ese dinero me corresponde, lo sabes bien.

—No te corresponde nada. Tu padre primero, tú después, derrochasteis lo que os podía haber tocado. Por eso la tía te dejó sin nada...

—La tía estaba loca...

—Igual que mi madre y lo mismo que estaré yo, ¿verdad?

—¡Sí, si no hay algo que lo remedie! —exclamó Wilbur excitado.

—Eso quisieras tú, pero no tendrás esa suerte. Ve por ese dinero y nos separaremos. Y no intentes volver a verme...

Siguió un lapso de silencio que rompió Wilbur para decir:

—Perdona. Me he dejado llevar de mis nervios. Tal vez yo también esté algo tocado...

—De desvergüenza estás tocado y bien tocado. Terminemos cuanto antes, por favor...

—Iré por, el dinero; pero no puedo dejarte en un momento apurado de tu vida. Estoy bien relacionado, buscaré un abogado...

—No te ocupes de ello. Afortunadamente tengo buenos amigos que me han ayudado y seguirán haciéndolo de forma desinteresada...

—Desinteresada, ¿eh? No seas tonta. Tal vez esos dos fulanos tienen que ver con el asesinato de la señora Smith y se han cubierto fingiendo que te ayudaban. Así, aparte de cubrirse, se pueden enterar de por dónde dirige la policía sus tiros para actuar ellos en consecuencia...

—Eres un indeseable, Wilbur. Aunque no sea más que en agradecimiento a la ayuda que me han prestado, debieras hablar de otra forma.

—¡Menuda ayuda, intentar hacerte cargar con el muerto!

—Ellos no han pedido ser los asesinos. Estaban en la calle cuando sucedía lo de la señora Smith...

—Tal vez sean cómplices...

—Son personas decentes, se nota a la legua...

Se interrumpió Patsy al ver que alguien se detenía cerca de ellos. Y se sonrojó al reconocer a Kellog, el cual saludó con una leve inclinación de cabeza a la vez que decía:

—Gracias por su defensa y la buena opinión que tiene de nosotros, señorita Stewens.

Seguidamente se dirigió Kellog a Wilbur, diciéndole en tono seco:

—Vaya en busca de ese dinero y procure no tardar. Y dé gracias si no le rompo la cabeza, cosa que se ha ganado a pulso.

—¿No cree que se puede equivocar?

—De equivocarme, eso saldría usted ganando. No hable y largo. Entonces su ganancia será segura.

El orgullo impulsaba a Wilbur a lanzarse contra el pintor, pero la reflexión le hizo detenerse.

—¡Está bien! No tardaré... Y puedes estar tranquila porque desapareceré de tu vida para siempre. Será una suerte para mí porque me evitaré el riesgo de tener que pasar por dónde ha pasado tu padre... Porque tú eres exactamente como tu madre...

Kellog, sin una sola palabra, tomó a Wilbur por el pescuezo, en el que ejerció una dura presión y le dijo:

—Cierre el pico, granuja. Y ahora iremos con usted para que le entregue ese dinero. La señorita Stewens y yo hemos decidido que no nos podemos fiar y le acompañaremos... En marcha, muchacho...

Wilbur comprendió que debía someterse. Aprovechó que Kellog le soltó y salió delante, en silencio.

CAPÍTULO V

La pensión en donde se hospedaba Wilbur causó una pobre impresión a Patsy, todo lo contrario que el edificio en donde se hallaba instalada.

No encontró gente distinguida en esta, pero coincidió con algunas chicas vistosas, a las cuales era mejor no preguntar cuáles eran sus medios de vida.

Ellas miraron a los dos hombres de forma invitadora y se contonearon exhibiendo sus curvas mientras que a Patsy la miraban con desdén, y como si le tuviesen lástima.

No vieron a la señora Lowell, dueña de la pensión, aunque les llegó una vaharada de alcohol cuando ella gritó destempladamente a alguien, de forma que resultaba insultante.

Wilbur no permitió que Kellog y Patsy entrasen en su habitación, dejándolos en una sala. Y en ella pagó a Patsy los diez mil dólares que le debía, dándole billetes de cien dólares.

Kellog observó que todos los billetes estaban usados, pero no deteriorados, sino en buen uso, dando la impresión de que habían estado guardados durante bastante tiempo.

—Me gustaría saber de dónde has sacado esto —dijo Patsy sin poder contenerse.

—Te aconsejo prudencia y que tengas cuidado con tus nervios, prima. A pesar de todo, si en alguna ocasión me necesitas, no vaciles en llamarme. Buenas noches.

—Buenas noches, caballero. Mis saludos a toda la gente distinguida de la pensión, particularmente a ese caballero financiero que te va a nombrar secretario.

Salió Patsy delante, seguida inmediatamente por Kellog, que vista la actitud bastante comedida de Wilbur prefirió no intervenir.

Una vez en la calle dijo la atractiva morena a su acompañante:

—Le debo una explicación...

—No necesito ninguna. No obstante, si el explayarse conmigo le sirve de alivio, puede hacerlo. Por mí parte se lo agradeceré porque significará que confía en mí, que me considera su amigo.

—Mi madre murió de los nervios... Estuvo internada en los últimos meses... Fue algo terrible... Existen otros antecedentes familiares...

—¿Por qué no olvida eso? He visto en su primo afán en recordárselo, en hacerle pensar en esa cosa. Dio la impresión de que le gustaría que usted enfermase... ¿Es su heredero?

—No es que sea mi heredero forzosamente; aunque tiene sus esperanzas si yo llegase a morir. Pero no creo que sea eso lo que busque.

—¿Qué busca entonces?

—Lo he pensado en más de una ocasión. Creo que quiere atemorizarme, obligarme a que busque su apoyo...

—Quiere hacerse el imprescindible para usted.

—Justamente. Es perverso, he podido darme cuenta.

Siempre que puede, que tiene ocasión, pone en evidencia el caso de mi madre, tanto si hay gente extraña como si no la hay...

Señaló la joven una pausa y siguió diciendo:

—A veces pienso que trata de apartar a la gente de mi lado, particularmente a los jóvenes, a los que pudiesen pretenderme...

—No le quepa duda que es así; pero por mí parte se equivoca. Ahora me interesa usted bastante más que antes. Y le aseguro que no se trata de compasión ni de piedad. Creo que hay en usted una mujer sana, llena de vitalidad, a la que hay que apartar del pasado. Y yo lo haré...

Llegaban al restaurante en donde Contray les aguardaba pacientemente.

* * *

Tras el agitado principio de esa noche, Patsy, una vez en su casa, no fue capaz de conciliar el sueño hasta que casi era de madrugada ya.

La, despertó el timbre del teléfono.

Había tenido fuerza de voluntad suficiente para dormir en al misma alcoba en donde había sido encontrado muerta la señora Smith, aunque según su costumbre mantuvo encendida la luz que quedaba tamizada por la pantalla.

Al despertarse encendió otra luz más potente y tomó el tubo micro-auricular.

Instintivamente miró el reloj. Eran las ocho de la mañana, en punto.

—¿Sí? —preguntó.

Alguien preguntó a su vez:

—¿Señorita Stewens?

—La misma. ¿Quién es usted?

—¿Qué importa quién pueda ser yo? Bástele saber que me he enterado de sus declaraciones al fiscal y la policía. Sé que usted actúa de buena fe,

pero no ha dicho la verdad de los hechos.

—Dígame quién es usted, o cuelgo inmediatamente.

—Soy el hombre que usted vio a través de los cristales de su ventana. Pero le aseguro que no llevaba el disfraz que usted me achaca. Vestía normalmente, aunque con pobreza, como corresponde a un mendigo...

—¿Qué busca? ¿Está intentando el chantaje?

—Nada de chantaje. Es algo que no me va. Sencillamente quiero decirle lo que yo vi porque considero que debe ponerse en cura...

—¿En cura? ¿Qué quiere decir? —preguntó Patsy sobresaltada.

—Tenga calma o no le diré nada. Y si quiere recobrar la salud en necesario que me escuche.

—¿Dígame quién es o no le escucharé! —pidió Patsy exaltándose.

—Si le digo quién soy se quedará igual que estaba. Usted no me conoce. Para usted sería un nombre. ¿Le soluciona algo si le digo que me llamo Peter Warren?

—No conozco a ningún Peter Warren.

—Lo suponía. ¿Prosigo o corta la comunicación?

Estuvo a punto Patsy de ser ella quien cortase, pero la intuición le señaló que debía seguir. Y respondió:

—Prosiga.

Paulatinamente iba perdiendo el miedo, recordando a Douglas Kellog, pensando en que tenía en él un protector al cual se debía confiar.

No se le ocurrió pensar ni un momento en Wilbur, su primo y que había sido su prometido.

—Verá, señorita Stewens. Uno tiene que huir de la policía; no por nada malo, sino porque no me gusta trabajar, no tengo casa y debo dormir donde puedo. Y anoche y otras noches duermo precisamente en ese pequeño jardín que usted cuida tan esmeradamente a espaldas de su casa... ¿Le interesa?

—Me interesa, siga.

—Bien. Anoche me despertó el ruido de una discusión. Soy hombre de buenas costumbres y me despierto temprano.

—Déjese de rodeos y vamos a lo que importa.

—Estaban usted y la señora Smith discutiendo. Usted estaba en pijama, como si ella la hubiese sorprendido cuando se disponía a acostarse o cuando estaba acostada ya... ¿Sigo?

—Siga.

—La ventana estaba abierta en aquel momento, pero la señora Smith la cerró. Por cierto, me extrañó advertir que no producía ruido alguno al

hacerlo.

—Tal vez estaba usted dormido y soñó todo eso. O era el fantasma de la señora Smith —respondió Patsy con ironía.

—No lo soñé, estoy seguro. Puede que usted soñase lo otro, lo que dijo a la “poli”. Pero si no me cree, termino y allá usted.

—Un mendigo debe tener más aguante. No se enfade y siga —respondió Patsy sintiéndose más segura.

—En lo poco que oí, la señora Smith la acusó a usted de tratar de birlarle al marido...

—No tenía idea de que me había dado por los vejestorios —respondió Patsy en tono humorístico.

—Ahí iba yo. Pienso que usted ignora lo que hace por las noches, después que se ha acostado. Otras veces, cuando se ha quedado dormida en su sillón, leyendo.

—¿Qué hago? —preguntó Patsy comenzando a alarmarse.

—Se va por ahí y da la impresión de que es otra persona. Se muestra usted coqueta y audaz. Una noche me acarició a mí la cara, yo diría que me provocó. Naturalmente, y la respeté.

Hablaba el hombre con tal convicción que Patsy llegó a temblar temiendo que lo que decía el supuesto Warren tuviese algo de cierto.

Hizo una pausa y ante el silencio de Patsy, prosiguió:

—Usted ha abordado a otros hombres que la han tomado por loca y no la han hecho caso; pero podía haber tenido un disgusto. Una noche tuve que intervenir para que no le sucediese nada. Y usted ni se dio cuenta siquiera. Estoy seguro de que no me cree...

Patsy comenzaba a creer que el relato del hombre podía ser cierto.

El prosiguió:

—El marido de la señora Smith la ha asediado a usted en esas noches que ha salido como si fuese una sonámbula. Usted no le ha hecho caso y hasta una noche le pegó y todo.

—¡No me diga! —exclamó Patsy asustada ya.

—Es como se lo cuento. El quiso importunarla, pero entonces intervino un policía... Pero vamos a lo que importa. La señora Smith, que ha seguido a su marido más de una vez y que la ha vigilado a usted también, estaba que rabiaba de celos.

—¡Dios mío!

—Por eso cuando la encontraba se mostraba fría, la saludaba por puro compromiso. Anoche parece que no se pudo aguantar y bajó a verla. Debo decirle que la señora Smith tampoco estaba nada bien de la cabeza... —

señaló el hombre.

—¿Y dice que ella bajó? ¿Qué motivos le di? —preguntó Patsy.

—Las últimas noches, el señor Smith la siguió a usted más insistentemente que nunca. Usted no le hizo el menor caso, es cierto, si se exceptúa que usted se contoneaba mucho al andar. ¡Y diablos! Que usted cuando se contonea resulta sensacional...

—Está mintiendo...

—Allá usted si no me cree. Eso significa que no se pondrá en cura. Y entonces está usted perdida...

—No divague y volvamos a lo que interesa —señaló Patsy que volvía a recobrarse, a perder el miedo—. Dijo usted que se despertó y nos vio discutir a la señora Smith y a mí.

—Eso mismo. Luego fue todo rápido. La señora Smith intentó estrangularla. Usted se pudo librar, la golpeó a ella y la vieja cayó. Lo que sucedió después no pude verlo. Seguramente que usted se echó encima de ella y la golpeó o la estranguló...

—¿No lo sabe, tan bien como conoce otras cosas?

—La “poli” parece que lleva eso muy en secreto. Total, vi que usted se levantaba y miraba horrorizada hacia el suelo. Entonces yo me acerqué a la ventana, vi a la señora Smith muerta...

—¿Qué más? —inquirió la atractiva morena.

—Parece que usted se dio cuenta entonces de lo que sucedía y salió corriendo.

—¿Cree usted que cuando reñíamos yo era la que soy o era la otra? ¿Estaba sonámbula o despierta?

—No lo puedo saber. Tal vez era la otra. Y a mí me pareció que usted estaba despierta.

—¿Cuándo peleamos estaba la luz apagada o, encendida? —preguntó Patsy.

—Encendida, naturalmente. Aunque había poca luz... No debe temer nada de mí, señorita Stewens. No es chantaje ni pienso ir con el chivatizo a la policía. Solamente deseo que usted se cure. Yo la aprecio de verdad...

—Está mintiendo. Es usted un indeseable. Cuando volví con el señor Kellog la luz estaba apagada. Y entonces yo era yo y estaba despierta. Ignoro por qué me ha contado toda esa historia; pero será mejor para usted que me deje tranquila.

Lo dijo con expresión rotunda, demostrándole que no le tenía miedo. E inmediatamente cortó la comunicación ahorquillando el aparato.

Se mantuvo silenciosa, pensativa, durante unos segundos, hasta que el

leve timbrazo del teléfono le señaló que en el aparato de llamada habían ahorquillado también, cortando la comunicación.

Tenía el número del teléfono de Kellog y le llamó; dijo una Vez en comunicación con el joven pintor:

—Perdone que le moleste tan temprano. Pero es que he tenido una rara llamada telefónica que me gustaría comentar con usted.

—No me ha molestado en absoluto. Estaba levantado ya.

—¿Dispuesto a trabajar?

—No. Pensaba ir a cambiar impresiones con mi amigo Lester y seguidamente me hubiese acercado por ahí.

—¿Se refiere al abogado?

—Sí...

—Por el momento no creo necesario que lo vea.

—Como usted diga. Para que se encargue de defendernos siempre estamos a tiempo. Lo sucedido ya lo sabe.

—¿Cree usted que el motivo del asesinato de la señora Smith puede ser el robo? —preguntó Patsy.

—No tengo idea. Aunque ese es tal vez el móvil por el que más asesinatos se cometen.

—Si pudiera enterarse de dónde tenía o tiene ella dinero y si ha sacado una cantidad importante estos días, tal vez nos ayudaría bastante.

—Trataré de enterarme. Cualquier detective privado puede hacer las gestiones oportunas...

—Vea a uno de ellos, por favor. Y venga a verme luego. Antes de una hora estaré preparada. ¡Ah! Los gastos corren de mi cuenta.

—Ya hablaremos de eso. Hasta muy pronto...

CAPÍTULO VI

Patsy entretuvo el tiempo tratando de entrar en contacto con su padre. Pero desde Miami le respondieron que había salido la tarde anterior para Brasil.

Recibió una llamada telefónica de su primo, preguntándole por su salud.

Antes de que ella pudiera cortar la comunicación, le dijo:

—Cuídate mucho, prima. Piensa en el desgraciado final de tu madre. Es algo familiar que arrastráis las mujeres. La misma tía Lauren no está bien de la cabeza aunque se le nota menos por su sordera...

Quedó la frase en el aire al ahorquillar Patsy el aparato telefónico.

La llamó más tarde un desconocido para decirle que la aguardaba en el mismo lugar en donde se reunieron tres noches antes y que había sido muy feliz con ella.

Patsy cortó también la comunicación sin dejarle terminar.

Al fin llegó Douglas. Ambos jóvenes se estrecharon las manos con auténtica emoción, sintiéndose más ligados el uno al otro por momentos.

—¿Qué tal se ha pasado la noche? —preguntó Kellog.

—Con menos miedo del que temía. He descansado y hasta he logrado dormir un buen rato.

—¿Qué ha sucedido?

—Me ha despertado una llamada telefónica. Era de lo que le quería hablar. Y luego se han producido dos más, una de ellas, de mi primo Wilbur.

Patsy refirió de manera bastante exacta lo que le habían dicho en las tres llamadas y lo que ella había respondido, particularmente en la primera.

Seguidamente dijo:

—Al principio tuve miedo de que todo fuese verdad. Luego lo deseché. Estoy segura de que dormía normalmente cuando me despertó el grito de la señora Smith.

Ante un movimiento afirmativo de Kellog, prosiguió ella:

—Estoy segura también de que no toqué los conmutadores de la luz al salir. El asegura que logró ver gracias a que había luz aquí adentro. Y cuando entré con usted...

—Estaban apagadas, no cavile. Las fue encendiendo usted a medida

que entrábamos.

—También yo estaba convencida de eso. Hay cosas muy extrañas en todo esto.

—Seguro. Tratan de embrollarla y su primo es uno de los que manejan esta cuestión —aseguró Kellog convencido.

—¿Usted también lo ve así?

—Él no verlo sería estar ciego. Yo pensé bastante anoche sobre la cuestión e incluso la analicé con ayuda de James. Creo recordar que usted me dijo que dejaba normalmente una luz encendida, una luz cubierta con una pantalla...

—Sí. Y estoy segura de que anoche la dejé. Sin embargo, cuando me despertó el grito de la señora Smith, estaba apagada. Y el teléfono estaba fuera de su lugar habitual. Por eso me falló la mano y con el nerviosismo, caí al suelo.

—Eso significa que alguien estuvo anoche en su alcoba después de estar usted durmiendo, apagó la luz y cambió el teléfono de lugar.

—Sí, no puede ser otra cosa...

—¿Cree que su tía, o bien Esther, pudieron hacer ambas cosas? —preguntó el pintor.

—No creo. Sin embargo, voy a preguntarles para salir de dudas.

Se ausentó Patsy durante unos minutos. Al regresar informó:

—Lo que ya suponíamos. Ninguna de ellas estuvo en mi alcoba. Además, ellas se acuestan un par de horas antes y no salen ya hasta el día siguiente.

—Eso significa que un extraño estuvo aquí. Naturalmente, si no hubo violencia en puertas ni ventanas, tuvo que ser de cierta confianza, alguien que tiene facilidad para entrar —señaló Kellog.

—Sí...

—¿Su primo tiene llaves de su casa?

—No. Al menos, no se las he dado yo.

—Pero puede habérselas proporcionado...

—Sí. Él ha tenido bastante libertad en casa. Mi padre le ha dado mucha confianza, excesiva tal vez.

Antes el silencio de Kellog siguió diciendo Patsy:

—Mi padre tenía mucho interés en que yo me casara. No quería verme sola, sin un apoyo. Él no podía ver los defectos de Wilbur, esos defectos que yo he ido descubriendo y que me han ido alejando de él de forma paulatina.

Iba a dar Kellog una opinión sobre el primo de Patsy cuando llamaron

al teléfono.

Patsy, después de responder a la llamada, alargó el tubo telefónico a Kellog, diciendo:

—Es para usted.

—¿Sí? —preguntó Douglas al tomar el micrófono.

—Aquí, Lester.

—¿Qué hay? Has actuado rápido.

—Las cosas no se deben dejar dormir y menos cuando hay una acusación de asesinato por medio. La señora Smith no ha sido estrangulada ni mucho menos. La han matado de un golpe aplicado con algo blando. Por ejemplo, una porra de goma...

—O el canto de una mano... —dijo Kellog.

—Justamente. Más bien parece que ha sido con lo que tú señalas. Te has adelantado a decirlo.

—Lo cual significa que es muy difícil que haya podido ser una mujer la que ha golpeado.

—Según el forense, tendría que ser una mujer muy fuerte o una hábil luchadora, una deportista.

Douglas dirigió una mirada interrogadora a Patsy que estaba cerca de él, escuchando la conversación.

Ella respondió con un gesto negativo de cabeza, y Doug dijo al abogado:

—La señorita Stewens no encaja en ese tipo de mujer. Adelante.

—El teniente Barton la ha descartado ya. En cuanto al fiscal Greenland, como está ansioso de lograr notoriedad, no da su brazo a torcer; pero no tendrá más remedio que rendirse a la evidencia.

—Le buscaremos al asesino, si es eso lo que desea...

El abogado rio discretamente y dijo a continuación:

—Barton guarda silencio sobre sus ideas respecto al asesino y los móviles del crimen. Quiere confiar a los autores.

—Es mejor. Y si el fiscal mantiene su obstinada idea sobre la señorita Stewens, aún se podrá trabajar mejor.

—¿Te vas a meter a policía?

—No lo sé. Dependerá de las circunstancias...

—Ten cuidado, Doug. El que comete un asesinato como el de la señora Smith no retrocede ante nada y menos aún si ve en peligro su vida. Y si descubren al asesino de esa señora y lo apresan, irá a la cámara de gas.

—Lo tendré en cuenta si me meto a policía...

Cambiaron aún unas pocas frases y se despidieron finalmente.

Terminada la conversación telefónica, frente a frente Patsy y Kellog, la primera dio un suspiro de alivio y dijo:

—Estaba convencida de que no había sido yo; pero así estoy más tranquila.

Volvieron a llamar por teléfono. Lo tomó Patsy. Una voz impersonal, susurrante, dijo:

—Está usted loca. Y eso la salvará de la cámara de gas, no se preocupe demasiado...

Cortaron la comunicación antes de que Patsy pudiese responder.

Miró ella con expresión de perplejidad a Kellog, el cual comprendió lo que sucedía aunque no había llegado a entender lo que el misterioso comunicante había dicho a la joven.

—No termino de entenderlos. ¿Qué se proponen?—preguntó la joven al atlético pintor.

—Anularla. Debe ser cosa de su primo.

—¿Por qué? ¿Para qué?

—Si usted lo ha ido alejando, tal vez la odie; por lo menos ha debido sufrir bastante su amor propio. Debe ser un fulano muy engreído, de los que se consideran irresistibles con las mujeres.

—Lo es.

—Eso por una parte. Por otra, intentará hacerse con su dinero.

—Él fue desheredado...

—Tratará de impugnar el testamento apoyándose precisamente en esa supuesta locura de los miembros de su familia...

—¡El muy granuja!

Tras una breve pausa, preguntó:

—¿Cree que él puede tener algo que ver en el asesinato de la señora Smith?

—¿Por qué lo pregunta?

—No sé... Estoy desconcertada. ¿De dónde sacó el dinero para pagarme?

—Ya he pensado en ello. Sin embargo, aparentemente, él no pudo ser el asesino. Su patrona ha dicho que a esa hora estaba en su casa...

—He pensado también en ello. Le he dado bastantes vueltas al asunto...

—¿Por qué no me deja pensar y actuar a mí, señorita Stewens?

—Puede llamarme Patsy...

—Gracias, Patsy... Debe pensar que aparte querer echarle encima el muerto, intentan volverla loca o provocar en usted una reacción para presentarla como tal...

—Sí. No hay duda que pretenden tal cosa... Sin embargo, no creo que pensarán de verdad colgarme el asesinato. Es algo que se caería por su peso...

—No esté tan segura. ¿Qué habría sucedido de no tropezar usted conmigo, con otra persona que la hubiese ayudado, o con un policía...? Usted estaba aterrada, habría podido sufrir un accidente, tal vez habría perdido realmente la razón...

—Es cierto...

—No se habría podido defender y entonces le habrían colgado el asesinato aunque hubiese tenido usted la eximente de que había actuado en defensa propia y la atenuante de su posible locura.

Guardaron silencio ambos jóvenes. Al fin dijo ella:

—¡Qué maldito granuja es mi primo si realmente ha sido él quien lo ha preparado todo! O simplemente, si ha aprovechado una circunstancia...

Douglas la interrumpió para decir:

—Si es cosa de su primo, no ha aprovechado la circunstancia. La ha provocado, aunque por el momento no podemos conocer su grado de culpabilidad.

—Tiene razón... Pero, ¿si él estaba acostado en la pensión, quién estuvo aquí con las llaves, preparándolo todo para hacerme aparecer como culpable? —preguntó Patsy.

—Hay muchas preguntas que no tienen respuesta aun; pero la tendrán. Créame y no se caliente los cascos... Déjeme ese trabajo.

En aquel momento volvió a repiquetear el timbre del teléfono; Patsy, instintivamente, fue a tomar el tubo del microauricular, pero Douglas le cortó la acción, diciendo:

—Permíteme. Si es el bromista se va a sentir defraudado.

El que llamaba en aquella ocasión era Roy Power, el detective privado a quién Douglas había encargado determinadas gestiones.

—¿Señor Kellog?

—El mismo.

—Roy Power al habla...

—Le he conocido. Adelante, Power.

—La señora Smith tiene su fortuna en valores. Y una cuenta corriente exigua, sin tocar hace más de dos años, en una sucursal del “Royal Bank of Canada”.

—¿Tiene idea de a cuánto asciende su fortuna?

—Sí. Aunque en poco, rebasa la cifra del medio millón de dólares. Ella recibía sus rentas puntualmente. Iba personalmente a cobrarlas.

—¿Cree usted que gastaba todo el dinero que cobraba?

—No. La vida que llevaba era más bien modesta aunque no se privaba de lo necesario. Hay quién asegura que debía tener bastante dinero guardado...

—¿No emplearía el sobrante de sus rentas en compra de valores?

—No. He hablado con el corredor que normalmente se encargaba de sus gestiones. Hacía más de dos años que no compraba nada...

—¿Alguna noticia más?

—Tengo a uno de mis hombres sobre la pista de Mark Smith, el marido de la víctima. Sabemos que está en Los Ángeles y que va y viene de Las Vegas.

—¿Trabaja?

—Supuestamente es agente de propiedad inmobiliaria. Pero de eso, nada. Parece que vive de las mujeres. Los primeros informes sobre él son malos, aunque el hombre trata de cubrir las apariencias. Tan pronto tenga algo concreto le llamaré para señalárselo.

—Gracias. Hasta pronto. Ya sabe en qué lugares me puede localizar...

Se despidieron, y una vez cortada la comunicación señaló Douglas:

—Mientras hablaba con el detective recordaba lo que el supuesto mendigo le dijo con referencia a Mark Smith.

—¿Cree usted que tratan de señalárnoslo como el posible asesino?

—No diría yo tanto. Me parece que quieren confundirnos. Embrollan las cosas de manera deliberada. Es como de envolverse en una nube de humo para dificultar la visión —respondió Kellog a Patsy.

Una vez más repiqueteó el timbre telefónico.

Los dos jóvenes se miraron. Douglas, que en el primer momento se dispuso a tomar el tubo del micro, dijo a la linda Patsy:

—Tómelo usted de forma que yo pueda escuchar. Y tan pronto se lo pida, me lo pasa.

—“Okey”...

Tomó Patsy el teléfono:

—¿Sí? —preguntó.

—¿Por qué no va a ver al doctor Erikson y se confía a él? Erikson trató a su madre, conoce el problema familiar... En la oficina del fiscal se le pone fea la cosa, jovencita. Yo la admiro de verdad y siento por usted una piedad infinita. Y no me gustaría que terminase en la cámara del gas. La legítima defensa es una eximente, una enfermedad mental puede ser eximente también. Como poco, le servirá de atenuante.

Las últimas palabras las dijo el desconocido mientras Kellog tomaba el

tubo de manos de Patsy.

El pintor no le dejó terminar, diciendo a su vez con voz que dominó la del otro:

—Usted mismo se está cavando la fosa, Smith. Entre esas nubes de humo que está levantando se va perfilando ya de manera clara su silueta. Y la de su socio...

No aguardó Kellog a que le respondieran y enhorquilló el tubo, cortando la comunicación.

Sonrió burlón.

—Algo que no se esperaba el fulano —dijo.

—¿Cree usted que era él? —preguntó Patsy.

—No lo sé. Puede que sí, puede que no. Como sea, hay que disparar, aunque no sea más que para asustarle. ¿No hacen ellos lo propio con usted?

—Tiene usted razón...

CAPÍTULO VII

Douglas Kellog, horas más tarde, de noche ya, llamó a la puerta del apartamento que Ritha Coleman ocupaba en un hotel de Las Vegas.

La sensacional rubia se hallaba más bien ligera de ropa, a pesar de lo cual no vaciló en abrir, sin molestarse en conocer antes la identidad de su visitante.

Ritha sonrió al reconocer al pintor. Y si primero había colocado instintivamente una de las manos para cubrir el nacimiento del pecho, la retiró, acentuando su sonrisa.

—¿Eres tú?

—Eso creo. Al menos, cuando salí de casa, lo era.

Se ruborizó ligeramente la rubia, señaló una especie de paso de rumba y dijo:

—Adelante. No sé si desmayarme de alegría o pedir que suban champaña para brindar por el regreso del hijo pródigo. ¿No se dice así?

—Estás ya de cultura casi tan sensacional como de curvas, nena.

—No te quedes ahí, con la puerta abierta. Ya sabes que soy de las que cobran por exhibirse...

Entró Douglas y cerró la rubia, que siguió diciendo:

—Buen caso has hecho tú de mis curvas... No hay nada peor que daros facilidades a los hombres. Y yo te di demasiadas.

Suspiró la rubia en plan un tanto humorístico, volvió a su excitante movimiento ondulatorio y preguntó:

—¿Qué hago? ¿Me desmayo o pido champaña?

—Pide champaña...

—Prefiero desmayarme...

Se dejó caer la rubia sobre una mullida cama turca, pero Douglas la hizo levantar de un azote aplicado a una nalga.

—¡Salvaje! No has cambiado... Pero te quiero como eres.

Lo dijo con mimo, abrazándose a él. Le preguntó seguidamente:

—¿Por qué me tienes tan abandonada?

—Tienes ciertas amistades que no me gustan. No quiero que me confundan con esos fulanos.

La rubia Ritha se separó casi de un salto y dijo:

—No sé qué quieres decir con eso.

—Lo sabes demasiado bien. Mark Smith, Wilbur Johnes...

—Una tiene que alternar con mucha gente a la que ni siquiera quisiera conocer.

—No se puede decir que te veas obligada a alternar con Smith. No me gusta meterme en la vida privada de nadie, pero aseguran que es tu amigo.

—¿Mi amigo ese cerdo? ¿Crees de verdad que he caído tan bajo?

—No lo sé. Él va y viene contigo, incluso entra en tu apartamento con más libertad que yo. Y conste que no me quejo...

—La gente habla más de lo que debiera y se mete en lo que no le importa —respondió la explosiva rubia encorajinada.

—De acuerdo. Pero no me podrás negar que él va y viene contigo, se puede decir que te tiene absorbida...

—Las apariencias pueden engañar, ¿no crees?

—Es seguro...

—Me lo presentó un buen cliente de la sala en donde trabajo, un tal Alec Ford que es abogado...

—He oído hablar de él...

—Me dijo que el tal Mark era agente de la propiedad inmobiliaria. Yo tengo unos ahorros y los quería colocar...

—Y se los entregaste a Mark.

—Justo...

—¿Mucho dinero?

—Quince mil pavos...

—¿Y te los ha colocado bien? —preguntó Kellog con ironía.

—No... Me enteré pronto de que era un sinvergüenza. Pero él me había tenido que firmar un recibo. Una lleva corrido lo suyo y no se fía de cualquiera, aunque lo recomiende un abogado.

—Y si el abogado se llama Alec Ford, con más motivo, ¿verdad, nena?

—Lo supe al mismo tiempo que me enteré de que Mark era un sinvergüenza.

—Era y lo sigue siendo. Un sinvergüenza de campeonato.

—Y me ha costado lo mío, chico, pero al fin ha tenido que soltar Mark los quince mil pavos. Y ya le he dicho que no quiero volver a verlo. No me acompañará más, no irá y vendrá conmigo, te lo aseguro.

—No te esfuerces, te creo. Así pues, ¿te ha pagado?

—Eso o hubiese ido a la cárcel. Tenía el recibo. Trató de birlármelo en una ocasión, pero no pudo.

—¿Cuándo te ha pagado?

—Anoche. Cuando lo vi antes de cenar le dije que no le dejaría pasar

un día más. Me dijo que llevaba el dinero encima, pero que no era ocasión. Estaba con unos amigos. Y vino a pagarme cuando yo me retiraba ya de la sala para venir al hotel.

—Te diría que no se había podido librar hasta entonces de sus amigos...

—Algo así me dijo. A mí no me importaba. Me pagó, ¿no? ¡Pues a otra cosa! Yo le di su recibo y en paz.

—El hombre respiraría tranquilo...

—Con todo lo sinvergüenza que es, casi me dio lástima. Una es así de tonta. Me pidió que no dijese a nadie lo sucedido porque sería un desastre para su porvenir. Me aseguró que no era un sinvergüenza, sino que había pasado un mal momento.

—Y tú le creíste...

—No creía nada, pero ¿a mí qué más me daba? Que se las arreglen él y los que puedan confiar en él.

—Tienes razón...

—¿Pero a qué viene darle tanta importancia a ese fulano?

Se dirigió la rubia al teléfono interior, dispuesta a pedir el champaña, diciendo con prometedora sonrisa:

—Primero el champaña. Luego cenaremos juntos. Hoy no te dejo escapar...

—¿Sabes que anoche asesinaron a la mujer de Mark Smith? Y se supone que le robaron un buen montón de dólares...

La rubia empezó a decir:

—¿Y a mí qué me...?

Se interrumpió para exclamar:

—¡Diablos! No querrás decir que esos quince mil pavos...

—No puedo asegurar nada. La asesinaron alrededor de las once y media de la noche. ¿A qué hora te pagó él?

—¿Qué quieres que te diga? Podían ser las cuatro y media, las cinco. Estaba algo indispuesta y me retiré pronto.

La rubia se había detenido poco antes de llegar al teléfono interior y se había vuelto para ir respondiendo a las preguntas de Kellog.

Este permaneció silencioso, haciendo cálculos mentales. Preguntó aún:

—¿A qué hora lo viste antes de cenar?

—No lo sé. Puede que fuese a las nueve. Tal vez un poco antes o quizá después...

Kellog, más hablando consigo mismo que dirigiéndose a Ritha, dijo:

—El tiempo de regreso queda muy justo, pero puede ser. Sin embargo, no hay posibilidad de ir allá desde las nueve a las once y media...

—¿Qué diablos estás diciendo ahí? ¿Estás jugando a policía? ¿Es ese el motivo de que hayas venido a verme?

La sugestiva rubia comenzó a irritarse.

El pintor no se asustó por ello y preguntó:

—¿Quieres la verdad, rubia?

—Sí.

—Pues sí, el motivo de mi visita ha sido ese. La verdad es que estaba disgustado contigo por la clase de amistades que tenías ahora y por eso me mantenía apartado.

Ella intuyó que el pintor le decía la verdad y volvió a sonreír, diciendo:

—Pues ya sabes lo que hay con referencia a esa clase de fulanos que te molestan. ¿Vendrás en adelante con más frecuencia?

—¿Sigues deseando sinceridad?

—Sí, ya lo sabes... Hay otra, ¿verdad?

—Justo, hay otra. La conocí anoche, inesperadamente, a causa del asesinato de la esposa de Mark Smith...

—¡Pues sí que ha ido todo rápido!

—No hay nada. Me interesa la chica y yo a ella.

—Está bien. Lo siento, pero alguna vez había de ser. Entonces no hay champaña ni cena...

—Como tú quieras.

—Yo soy como soy; pero no me gusta interponerme entre un hombre y una mujer. Y si estás decidido a que te echen el lazo yo no soy la mujer que necesitas. Me comprendes, ¿verdad?

—Estupendamente.

La rubia, que hasta el momento había realizado una exhibición bastante generosa de sus encantos, se recató de forma natural.

—¿Quieres algo más de mí?

—¿Smith ha malgastado dinero últimamente?

—A veces lo derrocha. Conmigo no ha podido hacerlo porque estaba limpio y si pudo fanfarronear un poco fue gracias a los quince mil que me sacó.

—¿Y Wilbur Johnes?

—Ese lo gasta a paletadas. No sé de dónde lo saca. Dicen que está prometido a una prima hermana suya que es muy rica y más tonta que rica. Parece que le saca bastante pasta y que no es a ella sola.

—¿Presume él de eso? —preguntó Kellog.

—Sí. A mí me repugna y compadezco a la chica.

—Pues la chica no tiene nada de tonta ni de loca. En cuanto a la pasta,

anoche mismo él le tuvo que devolver diez mil dólares que ella le había prestado últimamente. No sé de dónde los sacaría él, pero se los tuvo que devolver delante de mí...

—Comprendo. Ella es la chica que te ha gustado.

—Precisamente...

—Pues tú tienes buen paladar.

—A la vista está, rubia. Tú eres de las pocas mujeres que me han gustado de verdad.

—Gracias por esa flor que me deshojas. Sí, creo de verdad que te he gustado y que hasta me has querido... Si no quieres más de mí, vete. Te he servido de modelo, me has visto cómo has querido, he sido tuya... Pero ahora me daría vergüenza cambiarme de ropa delante de ti...

—Aparte de que tú no le haces eso a otra mujer.

—Justamente...

—Eres una gran chica, Ritha. Cuando haya ocasión te presentaré a Patsy. Es una linda morena. Y ya comprobarás que no tiene nada de tonta. En ese juego el único tonto ha sido Wilbur que ha perdido algo de inestimable valor. Lo ha cambiado por chatarra de la peor clase, ya lo verás.

—Te creo. Esos fulanos que viven engolfados son peores que los cerdos. Yo tengo ganas de perderlos de vista, puedes creerme...

Ritha tendió su mano a Doug, diciendo:

—Lo siento, pero se me hace tarde. He de cenar aún y no quiero presentarme en el comedor así...

—Tendrías un gran éxito —bromeó Kellog.

—Eso dicen. Pero en el comedor prefiero pasar inadvertida. Cuando tenga que hacer alguna inversión de dinero te consultaré. Estoy segura de que tú me orientarás bien.

—No estoy capacitado; pero te presentaré a alguien que no te engañará...

El pintor estrechó la mano de la explosiva rubia, despidiéndose de ella que se mantuvo en la puerta viendo como el joven se alejaba.

Suspiró cuando él hubo desaparecido de su vista, no sin antes volverse.

—Hay chicas que tienen suerte, pero yo no soy de esas. He tenido que hacérmelo todo a pulso. Pero no le tengo envidia a ella, no señor. Si es capaz de casarse con Doug, es que no tiene nada de tonta.

Douglas, una vez hubo salido del hotel, pasó a un bar en el cual, mientras hacía una cena ligera sentado a la barra, tomaba nota de lo que en sustancia le había dicho la rubia Ritha.

Necesitaba estudiarlo y no quiso confiarlo simplemente a la memoria por temor a que se fuese deformando en ella.

Cuando hubo terminado de cenar se dirigió a la playa de aparcamiento en donde había dejado su automóvil.

Y se sintió decepcionado cuando vio que una de las ruedas estaba casi totalmente deshinchada.

—La cambiaré. Será más cómodo...

Vio Kellog que se acercaba un hombre cuya gorra indicaba su condición de vigilante del aparcadero.

—¿Ha sucedido algo? —le preguntó el hombre.

—Una rueda. Habré de cambiarla...

—No he visto que se acercara nadie. Tal vez no estaba en buenas condiciones —respondió el hombre.

—Es posible, aunque me extraña. Está nueva.

—¿Necesita ayuda?

Habría respondido que le hubiese venido mejor una buena vigilancia. Le había parecido observar que la rueda presentaba un corte y se agachó para comprobarlo.

En el mismo momento zumbó algo en el aire. Y cuando quiso desplazarse para esquivar ya era tarde. Le habían golpeado en la nuca con una porra de goma y aturdido se vio lanzado de bruces contra el suelo.

Quiso girar para evitar un segundo golpe y recibió un puntapié en un costado.

Instintivamente se hizo un ovillo para evitar un nuevo golpe y entonces volvió a actuar la porra de goma que le dejó inconsciente tumbado en el suelo.

El hombre que había golpeado miró en torno. No vio a nadie.

—Hubo suerte —dijo a guisa de comentario—. No es tan temible como decían.

El cuerpo de Kellog había quedado tendido entre dos automóviles y no era fácil que lo pudiesen ver a menos que fuesen a llevarse uno de los vehículos próximos.

El que había golpeado silbó de manera particular y no tardó en aparecer otro fulano, el cual preguntó a media voz:

—¿Cómo fue todo?

—Ahí lo tienes, durmiendo como un ángel bueno.

—¿Las llaves?

—Debe llevarlas encima...

—Regístralo mientras vigilo. No se le puede dejar ahí...

El que había golpeado no tardó en encontrar las llaves del coche. Abrió este y entre los dos, tras atar a Kellog de pies y manos, lo instalaron al pie de los asientos posteriores del vehículo, de forma que no se le pudiese ver desde fuera.

La rueda que había sido averiada adrede por los dos granujas, fue cambiada rápidamente por los mismos, los cuales mostraron gran habilidad para realizar el trabajo.

Se frotaron las manos, consultaron la hora y uno de ellos dijo:

—No creo que el jefe tarde en llegar con la chica.

—Una rubia imponente.

—¿Le van a sacar la pasta?

—No me gusta meter la nariz en las cosas del jefe. Me pagan por trabajar. Te aconsejo que hagas lo mismo, muchacho.

—Me agrada saber en qué clases de trabajo intervengo para tener una idea de lo que debo cobrar. Ya sabes que el secuestro se paga caro. Y es lógico así sea...

—No tienes opción a decir que no. Nos tienen bien trincados. ¿No te lo ha dicho el jefe?

—No. Me dijo que me necesitaba para hacer una “chapuza”.

—Pues a cerrar el pico, a tomar lo que te den y a desaparecer cuanto antes, por si acaso...

Guardaron silencio al ver venir a Ritha Coleman, la cual iba acompañada de un hombre corpulento, relativamente joven, muy moreno.

—Ahí está el jefe...

—Y ahí llega la rubia con él —comentó en voz baja el otro.

—Parece que no viene muy a gusto.

—Que hubiese cerrado el pico a tiempo...

—Eso es difícil tratándose de fulanas. Todas terminan por querer presumir de que saben tanto y cuanto. Eso si no son soplonas...

El otro señaló un encogimiento de hombros.

Caleb Gibbons, acompañante de Ritha, llevaba a esta del brazo izquierdo, obligándola a marchar de forma que diese la sensación de que iba por su gusto.

Cerca ya del automóvil de Kellog, preguntó Gibbons a Frank Guzik, que le había salido al encuentro:

—¿Todo en orden?

—Todo en orden. Pueden partir cuando quieran. Hay bastante combustible y todo repasado, hasta el aceite y el agua.

—¿Habéis borrado las huellas digitales?

—Seguro que sí, jefe.

—¿Va bien atado?

—Bien atado y bien dormido. Lo hice de forma que no será fácil que le queden señales ni en las muñecas ni en los tobillos.

—Estás en todo... Me seguiréis a unos trescientos metros...

—“Okey”, jefe...

—Adelante, pues. Vosotros, a mí cacharro. Tú, rubia, a mí lado. Me conoces bien y no será necesario que te advierta nada.

Ritha se mantuvo silenciosa, subiendo al automóvil bajo la vigilancia de los compinches de Gibbons mientras que este se situaba al volante.

Cerraron las portezuelas y Gibbons inició la marcha.

Los otros dos se apresuraron a ocupar el auto de Caleb con el cual siguieron a este procurando mantener la distancia señalada.

CAPÍTULO VIII

A la rubia Ritha no le sorprendió ver que tomaban una de las carreteras que conducen al lago Mead.

Se dirigió a su acompañante, diciéndole:

—Te estás metiendo en un mal lío, Cal.

—Soy mayor de edad para decidir, ¿no?

—Por años no queda. Pero siempre fuiste más bestia que un búfalo enfurecido. Si buscas pasta, te equivocas. Me la limpió hace poco un fulano más listo que tú y que expone menos.

—Cierra el pico, rubia...

—Estás oliendo a gas que apesta, Cal. Y es una lástima porque aparte lo bestia que eres, no estás mal del todo. Y alguna chica te echará de menos.

—Es más fácil que echen de menos al pintamonas ese que llevamos ahí...

—Cada cual tiene su turno. El nuestro está señalado primero, pero el tuyo vendrá después. Y en esta ocasión no te podrá salvar Alec Ford. ¿Sabes por qué?

—Cierra el pico te he dicho. Estás aquí por haberle dado a la lengua más de la cuenta. Y te oyeron...

—No se muere más que una vez y a mí me habéis sentenciado ya, ¿no?

—Pues sí. ¿Para qué vamos a andar con mentiras?

—Pero Alec Ford no te podrá salvar porque está desacreditado ya. Y porque él mismo se sentará con vosotros en el banquillo.

—Lo dicho, nena, a callar. No sucederá nada de eso porque estará claro que tú y el pintamonas habéis sufrido un accidente...

—¿Te hizo algún retrato él?

—¿Por qué lo dices?

—Como le llamas pintamonas.

Gibbons frenó el auto casi de golpe y la rubia se vio precipitada hacia adelante, recibiendo un golpe en la frente.

—¡Maldita sea, rubia! Vas a burlarte de tu tía. Pueden ocurrir cosas peores que la muerte, antes de morir, naturalmente.

—Puedo gritar cuando avistemos un motorista...

—¿Crees que ganarías algo con eso? Pues te equivocas. Y posiblemente

por tu culpa habría una viuda más en el mundo: La del motorista, si es casado, naturalmente.

Sonrió Gibbons con expresión burlona y volvió a lanzar el auto a una velocidad que superaba en bastante lo permitido.

Ritha no se asustó. Y dijo:

—Conduces muy bien...

—Justamente, nena. A mi lado no hay miedo... A menos que yo quiera, naturalmente.

—Comprendo. Fuiste tú quien llevó al granuja de Mark a Los Ángeles y lo trajo luego a Las Vegas. Debió ser algo fantástico. Únicamente un fulano como tú podría hacerlo...

—Frío, frío, frío... Además, es inútil que te enteres de lo que sucedió. Vas a palmarla y no podrás hablar. ¿Por qué crees que he dado yo la cara?

—Por lo que te he dicho antes. Además de bestia eres tonto de remate. Eres tú quien se juega la piel y serán los otros los que sacarán el mayor provecho.

—No lo creas, rubia. Antes era Ford quien me tenía en sus manos. Ahora soy yo quien le tiene cogido a él.

—Eres tan bestia que es posible que lo pienses así. Cuando despiertes será un poco tarde.

—Vuelvo a decirte que hablas demasiado...

—Tú no estás callado que digamos...

—Pero sé cuándo puedo hablar. Algo que tú no has sabido nunca.

—Yo puedo darte más dinero que ellos, Gibbons...

—¿No decías antes que un fulano te dejó limpia?

—Fue por tantearte. El fulano tuvo que devolverme la pasta. Para hacerlo tuvo que matar a una vieja, a su mujer... Puedes tener mi dinero, el que te suelte Kellog. Y lo que les puedas sacar luego a ellos, que es bastante. Porque tú no interviniste directamente en lo de la vieja.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Gibbons intrigado.

—Ellos son más listos que tú. Y no te han dejado ver más que lo necesario. A saber lo que te han hecho creer. Posiblemente, que se trataba simplemente de “aligerar” a alguien.

—Eres muy lista, rubia.

—Más que tú. Si les sigues, tu final será la cámara de gas. A mi lado ganarás bastante pasta sin comprometerte... Y me tendrás a mí. No creo que la cosa sea como para despreciarla.

Sonrió prometedoramente, como ella sabía hacerlo y se le acercó hasta hacerle sentir la tibieza de su cuerpo.

Gibbons, fija la vista en la pista, se apartó, sintiendo que se le reseca la boca.

—Largo, zorra. Déjame tranquilo...

—¡Vaya! No sabía que eres de esa manera. Ahora comprendo que Ford y tú seáis buenos amigos y que él te defienda hasta la muerte —dijo burlona.

—Te voy a partir la boca, maldita zorra. Soy tan hombre como el que más. ¿Te enteras? Y si te empeñas te lo demostraré antes de que realices tu último viaje.

—Los fulanos de tu calaña me dan asco.

—Hace poco bien que te arrimabas...

—Era mi jugada. Pero como tú eres así, seguir adelante sería perder el tiempo —aseguró la rubia con aires de gran dignidad—. ¿Qué piensas hacer con nosotros?

El “gangster” tardó en responder:

—Yo, nada. Vosotros sufriréis un accidente. El coche caerá, con vosotros dentro, se destrozará y posiblemente se incendiará. ¿Crees que alguien me puede culpar de tal cosa?

—No, nadie.

—No quedará una sola huella nuestra. Hemos cuidado bien de ello.

—El vigilante de la playa de aparcamiento os ha tenido que ver necesariamente...

—Estaba demasiado borracho para eso. Dormía junto a un automóvil... Y puedes seguir pensando de mí que soy una bestia sin inteligencia —dijo Gibbons en tono burlón.

Acarició uno de los muslos de la rubia, a la que dijo:

—Una verdadera lástima que haya de sacrificarte, sí, señor. Porque eres la chica más estupenda que he conocido...

—Quita esa mano de ahí, cerdo. Y dedícate a esa otra piltrafa de Alec Ford que viene a ser de tu misma calaña.

—Calla de una vez. Ahora ya sabes lo que hay. No me distraigas...

—Estamos cerca ya, ¿verdad?

—Lo has acertado. Cerca, muy cerca...

Habían llegado al lago Mead, abordándolo por cerca de la presa Hoover. Abandonaron la carretera principal por dónde habían ido hasta el momento para meterse en un camino estrecho y tortuoso, entre árboles.

Marcharon hacia el norte y Ritha notó en el rostro la humedad que subía del lago.

Aminoró Gibbons la velocidad del automóvil, aunque sin dejar de

marchar y se volvió para mirar a Kellog, el cual continuaba en el lugar en donde le habían dejado los otros dos.

Durante la marcha, con los movimientos del coche, había sufrido algunos golpes y el pintor sangraba por boca y nariz, dando la impresión de que se mantenía en estado de seminconsciencia.

Faltaban escasamente unos metros para llegar a la orilla del lago por una escalofriante escarpadura.

Gibbons detuvo el vehículo y miró hacia atrás.

Sus compinches le habían seguido y detenían en aquel momento su automóvil.

—Llegó el momento, rubia. He escogido bien el lugar, y te aseguro que será inútil que grites.

—No pienso darte ese gusto.

—Te taparía los ojos con un pañuelo, pero no me conviene. Podría suceder que el pañuelo se quemase con el incendio del auto. Pero, ¿y si no se quema?

—Tienes razón. No es necesario que me vendas.

—Te mantendrás ahí, en ese asiento. Yo conduciré auto desde el estribo y saltaré de él en el momento preciso...

—Si me dejas libre podré saltar yo también.

—No te daré tiempo. Pero si lo haces es lo mismo, porque te empujaré y volarás detrás del coche.

—Lo suponía. ¿Y Kellog? ¿Qué piensas hacer con él?

—No creas que no había pensado en ello. No me has pillado descolocado. Vas a ver inmediatamente lo que hago con él. Volver a dormirlo por si acaso y cortar luego las ligaduras.

—¿Podrás hacerlo tú solo? —inquirió la rubia.

—No será fácil, pero lo haré. Aunque ellos cuidarán de que todo salga como es debido. Está todo claro, bien estudiado.

Gibbons abrió la portezuela correspondiente al lado del volante y salió a la vez que decía a la rubia:

—Tú, quietecita ahí. Y será mejor que pienses en otra cosa... ¿No te apetece un trago?

—No.

—Peor para ti. Kellog tendrá que beber quiera o no. En el caso de que quede en condiciones de que le practiquen la autopsia, el alcohol que encuentren en su estómago será justificación más que suficiente para el accidente.

—¡Eres un granuja!

—Ya te dije que todo está bien estudiado. Así te irás al otro mundo con la idea de que no soy tan estúpido como pensabas.

El “gangster” tomó de una bolsa una botella de *whisky* y la destapó, mostrándola a la rubia.

—¿Qué? ¿No te decides por un trago? Así no sentirás miedo.

—Prefiero sentirlo...

—Como quieras, rubia. Siento no poder perdonarte. Pero dejarte libre significaría un grave riesgo. No, no me digas que te pondrías una cremallera en la boca. Estoy seguro de que le darías a la sin hueso más de lo que me convendría.

—Puedes darlo por seguro.

—Pues por eso mismo...

Gibbons hizo una señal a sus compinches, los cuales abandonaron el automóvil, adelantando luego cada uno por un lado para detenerse a ambos flancos del auto de Kellog, pero a una distancia superior a los treinta metros.

Gibbons abrió la portezuela correspondiente al lugar en que se hallaba Kellog.

Y se dispuso a obligarle a beber el *whisky*, para asestarle un golpe después y desatarlo finalmente.

El pintor se hallaba boca abajo, en incómoda postura. Y Gibbons se inclinó sobre él para hacerlo girar.

Inesperadamente Douglas soltó sus brazos, aparentemente atados y aferró a Caleb por el cuello, atrayéndolo hacia sí, haciendo que la cara del “gangster” golpeará sobre su frente.

El granuja, sorprendido, no fue capaz de oponer resistencia efectiva a la inesperada acción del pintor y recibió un golpe que le dejó aturdido.

Doug gritó dirigiéndose a la rubia:

—¡Al volante, nena y en marcha!

—Ellos van armados...

—Atropella al que se ponga por delante y lánzate luego contra el automóvil de ellos de manera que no puedan perseguirnos...

Mientras daba instrucciones a la joven, volvía a golpear a Gibbons que gritó fuertemente reclamando la ayuda de sus compinches.

Estos se habían dado cuenta de que sucedía algo anormal en el automóvil, pero por la carencia de luz y la distancia no habían podido determinar lo que era.

Y al oír los gritos de su jefe desenfundaron sus revólveres y corrieron en dirección a donde se había iniciado ya la lucha.

La rubia había logrado dominar la profunda sorpresa que había hecho presa en ella en los primeros momentos y había pasado a situarse tras el volante, poniendo en marcha el coche, al cual hizo maniobrar.

Lo sacó primero hacia atrás alejándolo del lugar de peligro, llegando a rebasar la posición ocupada por los “gangsters”.

Y entonces volvió a maniobrar haciendo girar el automóvil, el cual lanzó contra uno de los “gangsters” adivinando que se disponía a disparar contra ella.

Manejaba bien el volante, su vida pendía de un hilo, de la fracción de una décima de segundo y lanzó al vehículo a una velocidad suicida.

Entretanto continuaba la lucha en el interior del automóvil en donde Gibbons, mejor situado que el pintor, había logrado equilibrar la ventaja adquirida por este.

Rompió Caleb la botella y trató de herir al pintor en el rostro con los cristales rotos.

Pero esquivó el joven, ayudándole a ello la violenta maniobra que la rubia realizaba en aquel momento.

Golpeó Kellog, haciendo levantar a Gibbons que se estremeció a los duros impactos, viéndose obligado a soltar la botella.

Uno de los “gangsters”, al verse atacado por el automóvil, a punto de ser arrollado por él, corrió a la desesperada con objeto de evitarlo mientras su compinche hacía fuego tratando de alcanzar a la rubia cuya cabellera destacaba, ofreciendo un blanco magnífico.

Intuyó Ritha la acción y se agachó, aumentando más la velocidad del automóvil.

La ráfaga de disparos hecha por la pistola ametralladora del “gangster” zumbó por encima de la cabeza de la rubia y dos de los balazos alcanzaron a Gibbons al cual había obligado a levantarse uno de los golpes que le había proporcionado Kellog.

Se estremeció el granuja a los impactos y gritó:

—¡Cuidado, imbécil! ¿O es que piensas liquidarme?

Gibbons mermado ya en sus facultades, volvió a caer sobre Kellog tratando de alcanzar la pistola que llevaba en la funda sobaquera.

Pero volvió a recibir dos recios golpes del pintor que había aprovechado la ocasión para situarse en condiciones ventajosas.

La rubia, segura de que si perdían la mortal partida empeñada no tendrían solución, embistió con el coche a uno de los aterrorizados “gangsters”, que fue violentamente lanzado al suelo.

Gritó el individuo de manera espeluznante, estremecedora, pero la rubia

se había lanzado ya y le pasó el automóvil por encima, estrangulando el grito del granuja que quedó revolcándose en el suelo.

Volvió a tirar el otro “gangster”, pero Ritha hizo maniobrar el automóvil de manera desconcertante, haciendo que los disparos fallasen, clavándose algunos de ellos en la carrocería del coche, pero sin daño para sus ocupantes.

Un duro golpe de Kellog lanzó a Gibbons fuera del coche en el momento que el otro “gangster” soltaba otra ráfaga de balas, una de las cuales alcanzó al granuja, el cual se estremeció visiblemente yendo por el aire, quedando inmóvil al caer.

Volvió a maniobrar Ritha hábilmente para esquivar la rociada de balas, y siguiendo las instrucciones de Kellog llegó hasta el automóvil de los “gangsters”, tras el cual cubrió el de Kellog.

El pintor saltó de su coche protegido siempre por la carrocería del otro y llegando hasta él le rompió el conducto de la gasolina, prendiendo fuego al vehículo que pronto fue pasto de las llamas.

Sorprendió con su audacia al “gangster” que quedaba ileso, el cual había agotado los proyectiles del cargador y estaba recargando rápidamente el arma.

Kellog, tras haber imposibilitado al “gangster” armado para que les pudiera perseguir, saltó al automóvil a tiempo que decía a Ritha:

—¡Pasa al otro lado, nena! Lo que queda no va a resultar fácil...

Lanzó el automóvil a toda velocidad, pero en lugar de marchar en línea recta fue trazando desconcertantes y violentos movimientos en zigzag.

—¡Agacha la cabecita, nena!

Siguieron dos ráfagas de la pistola del granuja.

Y al ver que fallaba, con la tercera tiró contra las ruedas. Pero entonces Kellog se salía ya del radio de acción de los proyectiles, perdiéndose de vista del teatro de la lucha.

Palmoteó el muslo de la rubia.

—Has estado valiente, nena.

—Me iba la piel. He pasado lo mío de miedo, pero también ha resultado divertido —respondió la rubia sonriente.

CAPÍTULO IX

A unas tres millas de camino encontraron a un policía de carretera, al cual Kellog dio cuenta de lo sucedido.

El policía pidió refuerzos por radioteléfono y minutos más tarde se les reunía un automóvil-patrulla de la policía, el cual les alcanzó cerca ya del lugar en donde se había desarrollado la violenta escena.

Una vez arribaron al lugar de la lucha, descubrieron antes que todo el automóvil, rodeado de curiosos, ardiendo aún.

Un poco más adelante encontraron el cadáver de Caleb Gibbons. Aparte las heridas recibidas anteriormente, estaba claro que lo habían rematado de un tiro a bocajarro disparado a la altura media de la nariz, sin duda con ánimo de desfigurarlo.

No lejos de él se hallaba el “gangster” que había atropellado Ritha. El hombre había mantenido el arma asida, aun después de muerto.

Y no había fallecido a consecuencia del atropello, sino de dos balazos en la cara que había quedado destrozada, también en un intento de dificultar su identificación.

La policía obligó a los curiosos a que despejasen el campo.

—Yo he visto que un automóvil desaparecía como alma que lleva el diablo —dijo uno de los curiosos.

—¿Era ese? —preguntó el policía señalando para el de Kellog.

—No señor. Me pareció bastante más oscuro. Puede que fuese negro.

—¿Por dónde escapó? —preguntó el mismo policía.

—Bordeó esa orilla en dirección Norte para desaparecer por aquel camino.

—¿Podría reconocer el modelo del automóvil?

—No, señor. A pesar del incendio y del reflejo de las llamas, no se veía nada bien. Además, yo no conozco más que dos marcas de automóvil: el “Cadillac” y el “Jaguar”. Jamás podré tener ninguno de ellos —dijo suspirando.

—¿Ha sido usted el primero en acudir?

—Sí, señor, corrí más que nadie.

—¿Qué le atrajo?

—El resplandor del incendio. Me había parecido escuchar anteriormente ruido de disparos. Y los volví a oír después.

—¿Qué hacía usted?

—Pescaba. Unos amigos tienen una cabaña cerca y venimos frecuentemente. El coche es de él también. ¡Los hay con suerte, porque además tiene una amiga que quita el hipo!

Lo dijo con gracia que produjo la hilaridad de los que le escucharon.

—¿Oyó muchos disparos después de descubrir el resplandor del incendio?

—No, señor. Tres, tal vez cuatro. Y sonaban de diferente manera que los anteriores. Aquellos zumbaban rápido.

—Gracias por sus informes. ¿Tiene algo más que decir?

—Nada... ¿Saldré en los periódicos?

—Seguramente que sí. Déme su nombre y dirección, por favor.

Dio el hombre lo que se le pedía, tomó nota el sargento que interrogaba y cuando se alejó lo hizo con aire entre arrogante y fanfarrón que tenía mucho de cómico, dándose importancia entre los otros curiosos que les habían rodeado.

El sargento policía, a la vista de los cadáveres, volvió a interrogar a la rubia y a Kellog.

Estos ratificaron su anterior declaración.

—¿Así pues, ustedes no dispararon contra ellos? —preguntó el sargento.

—Si hubiésemos tenido armas no habríamos huido, sargento. Y nos lo hubiésemos llevado por delante —respondió Douglas.

—¿Cuál de ellos es Caleb Gibbons? —preguntó el policía.

—Ese primero —respondió Ritha—. El otro es Cole Fulton. Al que conocía menos es al otro. Creo que se llama Frank Guzik.

—¿No tenían idea de que les siguiese otro automóvil?

—No —respondió Kellog rotundo.

El sargento tomó el radioteléfono para comunicar con Las Vegas en un intento de localizar el automóvil en que viajaba Frank Guzik.

Desde allí le comunicaron, a su vez, con Glendale y con Searchlight así como con Chloride, para que se estrechase la vigilancia en las carreteras.

Cuando hubo terminado, se dirigió con expresión de desaliento a Kellog:

—Creo que ha pasado demasiado tiempo para poder capturarles. Es casi seguro que se habrán refugiado ya en Las Vegas.

No hacía mucho que había terminado de hablar cuando otro autopatrulla comunicó que Frank Guzik había aparecido colgado de un árbol diez millas al norte del lugar en donde habían muerto sus dos compinches.

—Lo han matado los mismos que lo han sacado de aquí. Y lo han hecho para evitar que él descubriese a los que han pagado el “trabajo” —dijo Kellog a guisa de comentario.

—Podían haberlo liquidado aquí, como han hecho con los otros dos —señaló el sargento.

—Tal vez no tuvieron una buena ocasión —informó Ritha—. Tengo entendido que el tal Guzik era muy desconfiado, no era de los que ofrecían oportunidades fácilmente. Y él había visto lo que habían hecho con los otros dos.

—Tal vez no lo mataron para que él pudiese informar de lo sucedido. No habrá podido decir gran cosa, pues Guzik y Fulton no venían con nosotros —dijo Ritha recordando lo que ella y Gibbons habían hablado.

La sensacional rubia decidió guardar silencio por el momento, hasta que consultase con Kellog.

No tardó en llegar de Las Vegas un automóvil en el que iban un médico, el juez y el *sheriff*.

Tanto Ritha como Douglas hubieron de repetir sus declaraciones. Al cabo de ellas fueron autorizados para marchar.

Una vez solos en el automóvil, camino de Las Vegas, exclamó la rubia:

—¡Uf! Ya era hora de que nos dejaran tranquilos. Me han martirizado tanto o más que Gibbons... ¡Maldito gorila! Te aseguro que me alegré cuando lo vi muerto.

—Yo, no. Me hubiese gustado cazarlo vivo.

—¿Para qué? Ese no hubiese hablado, lo conozco bien.

—No estés tan segura. Poseo unos argumentos que tal vez lo hubiesen ablandado.

—Puedes emplearlos lo mismo con Alec Ford. Ya te dije que Gibbons lo mencionó.

—No se puede tratar lo mismo a un abogado que a un “gangster”, aunque el abogado sea tan “gangster” o más que el propio Gibbons.

—Eso queda en tus manos. Pero, ¿qué va a suceder conmigo? Quien escuchó nuestra conversación no fue Gibbons. Seguramente fue Mark Smith.

—Déjalos en mis manos. No se atreverán a tocarte.

—Si tú lo dices...

—Confía en mí, nena. A pesar de que nos sorprendieron, la cosa no ha salido mal del todo. En adelante irá todo mejor porque me pillan preparado ya. Y te aseguro que lo van a sentir.

Mark Smith se hallaba jugando a la ruleta en una de las salas de juego de “The Green Stork” en Las Vegas.

Estaba perdiendo, como casi siempre, pero lo hacía con tranquilidad, sin que se alterase uno solo de los músculos de su rostro o manos.

A su lado, arriesgando pequeñas cantidades, pertenecientes a Smith, se hallaba una atractiva pelirroja llamada Minnie Garson, la cual acompañaba frecuentemente al hombre.

Ella vestía con lujo e iba bien alhajada.

Smith perdió una vez más. Poco, pero perdió.

Pero no fue eso lo que le molestó, sino sentir en él una mirada fija, insistente, de alguien que se había situado de pie frente a él, a la otra parte de la mesa.

Trató de resistir a la atracción que ejercía en él la mirada, la cual comenzó a ponerlo nervioso, detalle que fue acusando en las manos.

Perdió dos veces más en tanto que la pelirroja perdió en una ocasión mientras que ganó otra, pero una cantidad insignificante a pesar de lo cual celebró con grandes aspavientos.

Smith alzó la vista al fin, aprovechando la euforia de su acompañante, la cual dobló la apuesta para el siguiente envite.

Y la mirada de Smith se encontró con la de Douglas Kellog que le miraba con expresión dura, fría.

Mark palideció ligeramente. Había observado que el pintor ofrecía algunas señales de violencia en el rostro, aunque había sido curado ya.

Junto a Kellog descubrió, mirándole también, a Ritha Coleman, la rubia sensacional a la cual había tenido que devolver los quince mil dólares.

Ella, al advertir que Mark descubría su presencia, infló el busto y avanzó tanto como le permitieron sus vecinos.

En aquel momento uno de los botones de la sala de fiestas, llamó:

—¡Señor Mark Smith! ¡Señor Mark Smith!

El aludido se dirigió a la pelirroja a la cual dijo:

—Sigue jugando por mí, pero con tiento.

—¿Y por mí?

—También...

Retiró el hombre de la mesa más de la mitad de las fichas que guardó en uno de sus bolsillos y abandonó el puesto en silencio, dando la impresión de que no deseaba llamar la atención.

Salió al encuentro del botones al cual hizo una seña, llamándolo al

castañetear los dedos de su mano diestra.

—Aquí —dijo.

El botones, que le entregó un telegrama, recibió una propina y se alejó dando las gracias.

Abrió Smith el telegrama y lo leyó. Se mantuvo inmóvil, pero no pudo evitar que una de sus manos temblase ligeramente.

Inmediatamente aplicó fuego al papel hasta que este se consumió totalmente.

Fue entonces cuando lo abordó Kellog, que lo había seguido silenciosamente. Y acompañando a este llegó también Ritha.

—¿Malas noticias? —preguntó el pintor.

No respondió Smith. Kellog prosiguió, diciendo:

—Habrà resultado inútil quemar el telegrama. En la central queda el original.

—Métase en lo que le importa —respondió Smith desabridamente.

—Ahí vamos, muchacho. Todo llega... ¿Prefiere que hablemos aquí o salimos ahí afuera?

—Se trata de mis quince mil dólares —dijo Ritha.

—Te los devolví ya, ¿no? Tengo el recibo en mi poder...

—Me los devolviste, pero me los has vuelto a robar esta noche. Es comprensible. Me habíais preparado un buen viaje del que resulta difícil volver. Pero no lo hice mal del todo y aquí estoy.

—No sé de qué está hablando.

La respuesta de Smith había sido seca. Y el hombre miró de soslayo en torno, queriendo asegurarse de que no les oía nadie y de que tenía franca la salida.

Al mismo tiempo, de manera casi imperceptible, había ido acercando su mano derecha al lugar en donde llevaba la pistola, en una buena funda que por su hábil colocación no descomponía en absoluto la línea del traje que vestía.

—No intente llegar a la pistola. Y suelte los quince mil dólares, Smith. Ritha no es una víctima tan fácil como su esposa. Ni yo tampoco.

—¿Es un atracó? —preguntó Smith en un alarde de cinismo.

—¿Pretende que le zurre ya, delante de todos?

—Vamos, suelta la pasta. De lo demás ya se encargará la policía. No somos nosotros quienes debemos detenerte ni juzgarte —señaló la rubia.

—No he robado quince mil dólares, no sé nada de ellos. Yo te los devolví y...

Kellog le interrumpió para decirle con viveza:

—No hemos venido aquí a perder el tiempo. Y como este no es un lugar adecuado para “discutir”, vamos afuera.

—No me he apoderado de ese dinero; pero veo que cada vez se impone más la ley del más fuerte. Como no quiero líos, soltaré los quince mil. No estoy en condiciones de reñir ni de discutir.

—La muerte de tu esposa te ha apenado profundamente... —dijo Ritha.

—Al contrario; me ha alegrado enormemente, no tengo por qué ocultarlo. Todos lo saben. Hasta, la policía.

Habló Smith con cruda sinceridad, cosa que no podía engañar a Kellog, que le respondió:

—Podrás engañar a otros con ese derroche de cinismo, pero conmigo no tienes nada a hacer, asesino. El decir con ese descaro que te alegras de la muerte de tu esposa te puede servir de ayuda en tu coartada para quien no conozca tu turbio fondo.

—No es usted quien me ha de juzgar —señaló Smith sin atreverse a retirar el tratamiento al pintor.

—¿Quién sabe? Cuando tengas que comparecer ante un tribunal para responder del asesinato de tu mujer, podría formar yo parte del jurado. No sería la primera vez que entro en uno de ellos.

—Vamos a dejarnos de tonterías. No tengo tiempo que perder —dijo acremente Mark.

—Pues escupe los quince mil dólares que le has robado a Ritha. ¿Creíste que no regresaría? —preguntó Kellog.

No respondió Smith, que se limitó a decir:

—Vamos.

Echó a andar delante, convencido de que no podría escapar.

Salieron de “The Green Stork” y fueron al “Gold River Hotel”, en donde se hospedaba.

Entró en depositaría, pidió quince mil dólares y salió, entregándoselos a la rubia Ritha.

—Conste que es un regalo que te hago... —dijo.

—El regalo que me preparabas sé yo bien cuál es...

—Tengo testigos de que no me he movido de la mesa ruleta en un buen montón de horas.

—Ya lo suponía —respondió Kellog—. Y también tienes testigos de que estabas en Las Vegas dos horas y media antes de que asesinaran a tu mujer en Los Ángeles. Y de que estabas en Las Vegas unas cinco horas después. Personas respetables y bien conocidas, más conocidas que respetables pueden dar fe de ello, ¿no es verdad? —preguntó Kellog con

ironía.

—Sí, es cierto —respondió Smith con pretendida entereza.

Se engalló a continuación y siguió diciendo:

—Pero no tengo por qué darle explicación de mis movimientos. Ya me sacaron la pasta, que era lo que importaba...

—Aliara le invito a venir a la oficina del *sheriff* a dar cuenta de que le hemos sacado “la pasta”. ¿Hace? —preguntó Kellog.

—Piérdanse de vista y déjenme tranquilo, por favor —pidió Smith aparentando una serenidad que no sentía.

—No tenga prisa. Hemos cubierto un objetivo. Y ahora vamos a hablar un momento en privado sobre el porvenir de la amiga Ritha...

—No tengo nada que ver con ella...

—Eso es lo que tú sientes, besugo. Tú querrías que te hubiese hecho caso y que me hubiese dejado sacar la pasta como haces con otras desgraciadas.

Ritha habló en voz normal, más bien alta, de manera que podía ser oída por cualquier persona que estuviese en el “hall” del hotel.

Smith conocía bien el riesgo que corría, pero estaba decidido a terminar y preguntó:

—¿Pasamos a la sala de visitas?

—En la calle, mejor. El cielo de Las Vegas está hoy sin una nube, reluciente de estrellas. Una buena noche para ir a tomar un baño al lago Mead —aseguró Kellog en tonillo burlón.

Kellog colocó su mano diestra sobre el cogote de Smith y lo hizo caminar saliendo del hotel para ir a buscar la sombra protectora de un jardín en el que lucían sus penachos las altas palmeras.

Escogió Kellog un lugar solitario, a cubierto de los mirones e hizo detener a su oponente, al cual dijo:

—Tú y tus amigotes, o tus compinches, como los quieras llamar, vais a dejar tranquila a la rubia. Si a ella le sucediese algo, te aseguro que os cuelgo por los pies y os azoto las espaldas.

Smith permaneció silencioso, comprendiendo que un simple gesto podía provocar la tormenta.

—En cuanto a mí —siguió Kellog— antes he recibido unos golpes que quiero devolver y a ti te corresponde uno de ellos.

Se había colocado bien de piernas para poder pegar y cruzó un soberbio golpe de derecha a la cara de Smith, el cual puso los ojos en blanco al recibirlo y tras dar media vuelta cayó al suelo pesadamente, quedando de bruces en él.

El pintor se sacudió las manos y se dirigió a Ritha:

—Vamos, nena. Este, por el momento, tiene la parte que le corresponde.

CAPÍTULO X

Glenda Travers era una graciosa rubia, menuda, frágil, de formas escuetas, pero bien equilibradas que le daban un extraordinario atractivo, una considerable personalidad.

Aquella noche Glenda la había pasado casi en vela.

Había estado aguardando a Caleb Gibbons, que le había prometido llevarla primero a cenar y después a bailar al más lujoso “club” de Los Ángeles.

Pero Caleb la había llamado posteriormente desde Las Vegas y le dijo que debía cenar sola; pero que quedaba en pie lo de llevarla a bailar, según le había prometido.

—Te recogeré más tarde, nena —fueron sus últimas palabras.

No ignoraba Glenda que Cal había hecho un buen trabajo la noche anterior. Y ella aguardó sin enfadar se, pensando en sacarle en el baile un rico collar que había visto expuesto en el escaparate de una famosa joyería.

Glenda cenó, pero no en ningún restaurante lujoso, sino en su propio apartamento.

Ella era una chica ahorrativa, que miraba para su futuro. Y las cenas en los lugares caros y las joyas, estaba bien que las pagase Cal, pero no ella.

Glenda aguardó en vano la llegada de Cal. Cuando comprendió que él ya no iría a buscarla para ir a bailar, se acostó; pero se mantuvo pendiente del teléfono.

—Él me llamará desde Las Vegas o desde donde sea. Debe haberle salido algún trabajo como el de anoche.

Se consumió en la espera, viendo despuntar el día sin que Cal apareciera.

Entonces comenzó a inquietarse pensando que podía haberle sucedido algo. O también que podía haberse ido con otra.

Había sucedido otras veces aunque siempre había vuelto después de dos días de ausencia como máximo.

Desazonada, molesta, pero rendida por la vela, se durmió al fin. No sabía la hora que era como tampoco la sabía cuándo la despertó el timbre del teléfono.

Se sentía optimista después de haber dormido y se abalanzó a tomar el tubo del micro, pensando que sería Cal.

Sufrió una decepción cuando oyó una voz viril, pero distinta de la que esperaba.

—Nena, tengo un encargo de Cal. Iré a verte dentro de media hora...

—¿Y él, por qué no viene? —preguntó Glenda ante lo que consideraba insólito.

—Ha sufrido un accidente. Hasta dentro de media hora.

Lo dijo suavemente, pero con firmeza y cortó la comunicación.

La rubia mantuvo el tubo en su diestra mientras su rostro reflejaba un sentimiento de perplejidad. Aguardó inútilmente a que hablaran y al fin se resignó y enhorquilló el tubo.

Sintió que la dominaba un oscuro presentimiento.

—Un accidente... —se dijo a media voz—. Con tal de que no...

Prefirió no seguir. Y se dispuso a levantarse pensando en el individuo que la había llamado y que no tardaría más de media hora en presentarse.

—Tenía la voz agradable —pensó mientras se cepillaba el pelo ante el espejo.

El individuo fue puntual. Llamó justo media hora más tarde de cuando había telefonado.

Y Glenda no pudo imaginar que el corpulento y bien proporcionado sujeto que tenía ante ella, sonriendo levemente, con el cigarrillo colocado en una de las comisuras de la boca, era Douglas Kellog, un magnífico pintor que comenzaba a ser famoso en el Hollywood artístico.

Kellog vestía de forma que no era habitual en él. Pantalón oscuro y muy estrecho y una detonante americana a cuadros muy grandes, en la cual, en mayor o menor cantidad, tenían representación casi todos los colores del arco iris. La camisa era gris-azul oscuro, de un tono semejante al pantalón.

Y la corbata amarilla, de un amarillo chillón, hiriente casi.

El sombrero era oscuro también y lo mantenía echado hacia atrás. Y los zapatos eran de color, un chocolate claro tirando a rojo que casi hacía saltar las lágrimas.

La menuda Glenda abarcó todo de una mirada. Y pese al supuesto accidente de Caleb, que la sumía en una angustiada desesperanza, se sintió complacida por el aspecto del espléndido emisario.

—Hola, nena. No falla, tú eres Glenda. Cal me ha hablado bastante de ti.

—Sí, soy Glenda. Pero él no me ha hablado jamás de ti.

—Es posible. Me llamo Rory Gray, pero me conocen por “Superaran”.

—Está bien. “Superman”, pasa.

En la expresión del falso Rory Gray entrevió Ciencia algo más grave de

lo que había supuesto con relación a Gibbons. Intuyó que Cal no volvería ya y se preparó inconscientemente para sustituirlo.

Pasaron a un saloncito amueblado con gusto detonante, en el cual estaba instalada la televisión. Había un bar en un rincón.

—¿Te sirvo algo?

—Gracias. Únicamente bebo cuando se ha terminado el trabajo del día. Y no siempre. Depende de lo que haya para el día siguiente.

—Eso está bien...

—¡Diablos! Cal no exageraba cuando hablaba de ti. Decía que eres un lindo bombón...

—Decía... ¿Quieres decir que no lo dirá ya nunca más?

—Eso mismo. Es mejor la verdad. No lo dirá nunca más.

—Me lo imaginaba. Y bastante que he llorado esta noche y esta misma mañana, antes de conseguir dormir un rato.

—¡Malditos perros! Bien que lo engañaron. No se debió haber metido en un asunto como ese —señalé el falso Grey.

—Se lo dije en más de una ocasión; pero él me aseguró que todo lo que hacía era limpio y que no le iba la piel...

—Todo lo que hacía era limpio, pero lo envolvieron anoche en un asunto feo. Él se pudo librar porque no resultó más que herido y fue el propio Guzik quien lo hirió.

—No me gustó nunca ese gorila de Guzik...

—No tuvo demasiada culpa —aclaró Kellog—. Es que tuvo de tirar a la desesperada y claro, así...

—¿Y qué pasó...?

—No tenían tiempo de retirar a Cal y a un tal Fulton...

—Lo conozco...

—Lo conocías. Como no se los pudieron llevar, los liquidaron en el mismo sitio en donde cayeron, para que no pudiesen hablar...

—¡Sí que son unos perros! ¿Estabas allí?

—¡No! Si hubiese estado no lo hubiesen hecho, los habría liquidado yo a ellos. Por eso pudo hacer Guzik la hombrada, pues se ve que tuvo miedo y ayudó a los otros. ¿Y sabes lo que le pasó después?

—Que lo liquidaron...

—Justo, lo colgaron de un árbol y allí se quedó más tieso que un poste de telégrafos. Así no quedaba nadie que pudiese hablar.

—¿Por quién lo sabes? —preguntó Glenda un poco sorprendida.

—Por una fulana que iba a ser barrida por Cal y los otros, y pudo escapar. Lo explicó luego. ¡Estaba muy divertida!

—¡Malditas sean sus entrañas!

—Ella tenía razón, hay que reconocerlo. No había hecho nada para que la barriesen y faltó muy poco para que la palmara... —explicó el supuesto Rory.

—Si es así... —dijo resignadamente Glenda.

Miró intencionadamente al falso Rory Grey y preguntó:

—¿Quiénes han sido...?

—No te preocupes, nena, corren de mi cuenta. A menos culpable de todos le zurré anoche fuerte. Casi le arranqué la cabeza...

A la vez que hablaba desplazó su puño derecho señalando el golpe que había asestado.

Seguidamente echó mano a uno de sus bolsillos y prosiguió diciendo:

—Y le saqué estos cinco mil pavos para ti. Ahí los tienes, rubia.

Glenda experimentó una viva emoción. Preguntó:

—¿Pensaste en mí?

—En ti y en él. A él, como el dinero ya no le sirve de nada, lo vengaré. Y la pasta que saque, para ti...

—Eres un tipo estupendo, Rory. Amigos como tú hay pocos.

—Se debe ser así, nena... A los otros les costará la cosa más pasta. Y puede que se dejen la piel también...

—¡Adelante, Rory, te lo agradeceré siempre!

—Cal no se merecía esa sucia faena, no señor. Él trabajaba limpio y lo hacía por ti. La idea de la avioneta fue estupenda...

—¿Tú lo sabías? —preguntó Glenda radiante.

—¡Claro que sí! Me ha traído más de una cosa en ella.

—Fue idea mía, ¿sabes? ¿Para quién será ahora el aparato?

—Si tuviese que resolver yo, sería para ti —responso Kellog.

—¿Y quién lo va a manejar?

—Un hombre de tu confianza. Conocerás más de uno, ¿no? Y en todo caso aprendes tú. No es difícil.

—¿Tú sabes manejarla?

—¡Claro que sí!

—Si tú quisieras...

—Lo estudiaré. ¿Sabes en dónde la guarda?

—¡Claro que lo sé! Yo le he ayudado más de una vez a descargar y mientras él seguía para despistar a la “poli”, yo volaba en el coche con la mercancía para llevarla al sitio.

—¿Le ayudaste anteanoche para traer a esos fulanos de Las Vegas y volver a llevarlos?

—No. Sabía que tenía un trabajo fácil, sin riesgos y no me quiso llevar aunque se lo pedí... Parece que los fulanos no querían que los pudiese ver nadie.

—Eso era...

—Se trataba de llevar a una chica de un estado a otro. Ya sabes que eso se paga caro...

—Sí... ¿Así pues, no conoces a los fulanos? —preguntó Kellog.

—Yo no. Pero si tú le zurraste ya a uno...

—Le zurré por casualidad. Creo que sacaré a los otros dos... Bien, muchacha. Tengo que largarme. Cal ha quedado en el cementerio de Boulder City. Cuando quieras ir a llevarle unas flores, cuenta conmigo. Tengo un auto que no está mal, y está a tu disposición.

—Gracias, “Superman”.

Estaban casi en la puerta de la calle. Antes de abrir la preguntó el supuesto “Superman”:

—¿Sabes si Cal tenía familia que pueda reclamar la propiedad de la avioneta?

La mirada de la rubia reflejó picardía cuando respondió:

—Me importa poco la familia de Cal. Él puso la avioneta a mí nombre por si tenía algún tropiezo. La única dueña soy yo.

—Eso es estupendo, rubia. Te felicito. Vendré al traerte más pasta, tan pronto me encuentre con los otros dos fulanos.

—¿Quieres ver la avioneta?

—Tengo dos horas disponibles y el carro está abajo.

—Pues aguarda un momento...

—De acuerdo.

—¿Quién se ha encargado de que enterrasen a Cal?

—Me encargué yo. No te preocupes.

—¿Crees que debo ir a verle hoy?

—Opino que no. Cuando menos jaleo haya en torno a él, mejor. Ya te llevaré otro día. Serían demasiadas horas...

—Podemos ir en la avioneta. En esa avioneta se puede llegar allí en menos de dos horas.

—Está bien. ¿La tenemos lejos?

—A menos de diez minutos. Seguro que estará todo dispuesto. Allí hay un viejo...

—“Okey”, nena, vamos...

Kellogg en sus más optimistas cálculos, no podía imaginar que todo podía salir tan fácilmente.

Era cierto que se había ocupado de que tanto Gibbons como sus compinches tuviesen una sepultura digna.

Y gracias a ello pudo hacer un digno papel junto a Glenda.

Kellog, piloto bastante experto, hizo el recorrido Los Ángeles-Boulder City en menos de dos horas y sucedió lo mismo en el regreso.

Había quedado claro para él cuál había sido la actuación de uno de los asesinos de la señora Smith, y cómo Mark había podido establecer una coartada que había considerado le pondría a cubierto.

La velocidad había vencido al tiempo. Y Kellog la había sabido ver con toda claridad.

CAPÍTULO XI

Para Wilbur Johnes no resultó nada grato encontrarse con Kellog.

Era de noche, el lugar resultaría demasiado solitario y aunque iba armado, presentía que la pistola no le serviría de nada frente a un hombre como el pintor y a una distancia relativamente corta.

A Wilbur lo acompañaba una pelirroja estupenda que iba prendida del brazo del hombre, pero que se apartó de él inmediatamente temiendo que se pudiese perder algún golpe, que quizá hubiese podido recoger ella.

Wilbur, que tenía conocimiento del trato que el pintor había aplicado a Smith, trató de sonreír haciéndose el fuerte, pero no lo pudo lograr.

Kellog fingió no prestar atención al hombre, dirigiéndose a la pelirroja.

—¿Qué tal, Carole? ¿Parece que estás en fondos?

—No me puedo quejar. Si necesitas algo... —dijo la pelirroja tratando de zaherir al pintor.

—No soy de esos y tú lo sabes. Lo decía por Wilbur. ¿Te ha sacado ya pasta? Te lo digo para que no te dejes engañar...

—Wilbur no necesita dinero, le sobra para regalarme con lo que sea.

—¡Vaya qué sorpresa! ¡Wilbur tiene dinero!

Inesperadamente se dirigió a él para preguntarle:

—¿La prima tonta que tienes? Me refiero a tu prometida... Es muy rica, según tengo entendido...

—Sí, es muy rica pero no necesita de ella. Además, han reñido. Wilbur la ha mandado a paseo. ¿Pasa algo? —preguntó Carole envalentonándose ante la actitud de Kellog, pacífica hasta el momento.

—¡Vaya! De manera que la has mandado a paseo, ¿eh, Wilbur? Eso puede significar que eres idiota y en tu casa no lo saben...

El primo de Patsy no respondió, intuyendo que la tormenta estaba a punto de estallar, aunque no podía imaginar cuál sería el punto de ataque de su enemigo.

La pelirroja se dirigió primero a Wilbur y luego a Kellog, diciendo al primero:

—¿Tú aguantas eso?

Y después al pintor:

—¡Menuda prima! Está loca y otras cosas peores, ¿te enteras?

Al advertir el gesto duro de Kellog, Wilbur dijo secamente a su

acompañante:

—Cierra el pico, pelirroja y no te metas en lo que no te importa. Sé responder a lo que sea...

Carole dio un respingo y respondió airadamente a su acompañante:

—¡Pues hasta ahora no lo has demostrado! Y como parece que molesto, me largo...

—Sí, lárgate y eso que saldremos ganando todos. Y tú no perderás tampoco —aseguró Wilbur.

—Me gusta tu galantería —replicó la pelirroja alejándose con rapidez, moviéndose de manera nerviosa.

La acompañó una carcajada de Kellog que luego, seriamente, se dirigió al primo de Patsy.

—Se terminaron las bromas, Johnes. Acabo de ver a tu prima...

—¿Y a mí qué me importa? Ella me echó de su lado ayer.

—Te echó de su lado, pero tú has seguido fastidiándola...

—¿Es fastidiarla desearle que se cuide, advertirla para que no se abandone? —preguntó Wilbur queriendo aparecer sincero.

Aguardó en vano que Kellog dijese algo; pero el pintor permaneció silencioso, mirándole fijamente.

Sabía Wilbur que algo no funcionaba bien y que su palabrería no había convencido al pintor. Y siguió intentando justificarse:

—Su madre murió loca y a otras mujeres de la familia les ha pasado algo semejante. No sé qué clase de locura es, que ataca a las mujeres y deja tranquilos a los hombres.

—Y tú estás intentando que ella se vuelva loca. Buscas provocar un desarreglo nervioso en ella. Pero no contabas conmigo...

—No sé de qué me hablas.

—Es muy sencillo. Smith y tú necesitabais pasta, os asesorasteis de Alec Ford que también precisaba alguna y tramasteis el asesinato de la señora Smith. Allí estaba la pasta. Luego le cargabais el muerto a tu prima y una vez inutilizada, como criminal o como loca allí había más dinero. Pero la cosa comenzó a fallar con mi intervención.

—Tienes mucha fantasía, Kellog. No me extraña. Es cosa de artistas.

—¿De dónde has sacado el dinero?

—Eso es cosa mía...

—No es cosa tuya. Los granujas tenéis que pagar vuestras pillerías, vuestros crímenes y eso es cosa de todos.

—Estás hablando demasiado... Y me estás cansando ya...

—Si crees que te calumnio, puedes llevarme ante la policía. Te

acompañaré gustoso. Te he hecho una acusación concreta. Interviniste en el asesinato de la señora Smith, intentaste cargarlo sobre tu prima y encima no la has dejado tranquila, queriendo conseguir que perdiese el equilibrio nervioso.

—¡Eso no es verdad! —exclamó Wilbur.

Zumbó en el aire el puño derecho de Kellog, que fue a estrellarse en la mandíbula de Johnes, el cual giró como una peonza para caer luego en tierra de forma aparatosa.

—A mí no se me desmiente, Wilbur. Sé bien lo que digo.

El primo de Patsy quedó inmóvil en el suelo, medio incorporado, dando la sensación de que estaba atontado por el golpe.

Respiró fuerte, sacudió la cabeza y dio la impresión de que iba a caer totalmente.

Pero de improviso llevó la mano derecha a la axila izquierda y con movimiento rápido desenfundó una pistola.

Kellog parecía ser la estatua de la inmovilidad, salió de su quietud con tanta o más rapidez que Johnes, al cual atacó con un puntapié que le alcanzó en la mano armada, saliendo la pistola por el aire.

Gimió el primo de Patsy.

Luego le alcanzó Kellog con un nuevo puntapié que le llegó a un costado produciéndole fuerte dolor.

Y Wilbur se revolcó en el suelo, bufando y escupiendo toda clase de insultos y blasfemias.

Un tercer puntapié le alcanzó en la boca del estómago, obligándolo a enroscarse.

—¡Cierra el pico y levántate! Tal vez así podamos entendernos mejor —señaló el pintor.

Wilbur realizó un esfuerzo sobre sí mismo y aunque le costó trabajo, se levantó.

—Maldito asesino, te voy a doblar a golpes. Sé bien lo que digo y te aseguro que como tú o alguno de tus compinches se vuelva a meter con Patsy, os voy a doblar a leñazos. Y no amenazo en vano.

—Me has acusado de asesino —dijo Wilbur en plan de disculparse.

—Y lo eres...

—Sé bien a qué hora asesinaron a la señora Smith. Puedo demostrar que a esa hora estaba yo en la pensión.

—No te canses; tu coartada ha fallado. He hablado con tu patrona...

—¡Ella vio que yo estaba acostado a la hora en que se cometía el crimen!

—Le hiciste creer eso. Pero Carole te llamó por teléfono aproximadamente a esa hora, tu patrona entró a llamarte por si querías comunicar con ella y descubrió que tú te habías largado por la salida de emergencia dejando una especie de maniquí en tu cama...

Wilbur crispó los músculos de cara y manos. Comenzó a sentirse perdido. A pesar de ello dijo:

—Esa bruja te ha engañado. Estaría borracha, como de costumbre.

—Estaba demasiado asustada para estar borracha. Cuando comprendió que su silencio podía ser considerado complicidad con el crimen, si estaba algo beoda, se le pasó inmediatamente.

El primo de Patsy se sintió anonadado.

—De ahí salió tu dinero. Y el de Mark Smith...

—¡Eso es absurdo! Todos saben que la señora Smith no sacaba jamás dinero del Banco. Y durante estos días no sacó nada.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijo Mark Smith quejándose de que ella era terriblemente tacaña hasta el punto de que los días últimos de mes, si había hecho algún gasto extraordinario, apenas si se comía en aquella casa.

—De acuerdo. Pero era porque ella no quería gastar. Conocemos bien su vida. Ella apartaba de sus rentas un tanto al mes y no pasaba de ahí. El resto lo guardaba en su propia casa. Sus rentas eran abundantes y sabemos lo que gastaba. ¿En dónde está el dinero que le sobraba?

—No lo sé. Mark me dijo que ella lo debía emplear en valores.

—Hacía tiempo, años, que no compraba valores. Me he informado bien por su agente. Ella guardaba el dinero en su casa y Mark lo sabía. Y os pusisteis de acuerdo para matarla.

—¡No es cierto, no es cierto!

Wilbur se dejó caer en el suelo y golpeó con el puño en el mismo, dando claras muestras de desesperación.

—Eres un asesino, Wilbur Johnes. Y ya sabes en dónde termina la gente de tu calaña. Tu coartada no te sirve. La señora Lowell está dispuesta a declarar la verdad...

—¡No es verdad! ¡Yo no he sido el asesino! ¡Yo no la maté! ¡El asesino fue Mark!

Wilbur comprendió inmediatamente que había hablado demasiado y tuvo miedo, un terror que lo dominó.

Reaccionó en consonancia y exclamó:

—¡No! ¡Yo no sé nada! ¡No sé nada!

—Sí sabes. Tú preparaste todo abajo, en el apartamento de tu prima

mientras que Smith entraba en el piso de su mujer y la asesinaba. Tú le ayudaste a descolgar el cadáver y a meterlo en casa de tu prima. Queráis hacerla pasar por loca.

—¡No es cierto!

—Me vas a obligar a que te dé duro, Wilbur. Si no actuaste directamente en el asesinato es mejor que ayudes a la justicia. El asesino es Mark y quién preparó el plan fue Alec Ford. ¿Crees que nos puedes engañar?

En aquella ocasión, vista la amenazadora actitud del pintor, Wilbur permaneció silencioso mirándolo.

Kellog prosiguió, diciendo:

—Luego os pusisteis de acuerdo para amedrentarla en el sentido de que se creyese loca, de que llegase a temer que ella misma había sido la asesina. El que habló por teléfono haciéndose pasar por mendigo, ¿quién fue? ¿Mark o Alec Ford? No mientas porque te reviento de dos puntapiés.

—No sé nada de eso, de verdad, no sé nada...

Estaba al alcance de Kellog y este le asestó un fuerte puntapié en un costado, derribándolo.

Aulló Wilbur de dolor. Y le llegó la advertencia de Douglas.

—No me fastidies, porque te pateo. Aquí estamos solos, es difícil que pueda llegarte ayuda. Y si la recibes no dudaré ya un solo instante. Te llevaré a la policía y ella se encargará del interrogatorio.

Wilbur, tras revolverse gimiendo, quedó quieto, colocándose con una rodilla en tierra.

—De verdad que no sé nada... —dijo.

—Ya has resistido bastante. Además, estás descubierto. Tus compinches también lo están. Para que sepas más. He volado en el aparato que empleó Mark para venir desde Las Vegas... Tampoco le sirve la coartada...

El primo de Patsy miró a su enemigo con gesto que reflejaba miedo y admiración a la vez.

—¿Dispuesto a hablar o te zurro otra vez?

La pregunta fue hecha con dureza y el gesto de Wilbur se descompuso ante la inminencia del castigo que por momentos se iba haciendo más insufrible.

Cuando ya el pintor se disponía a pegar otra vez, el primo de Patsy saltó hacia atrás para evitar el impacto y colocó delante una mano, en plan defensivo.

—¡No, por favor, basta ya! Diré lo que sé... Yo no he tomado parte

directa, te lo aseguro...

Kellog percibió un leve ruido como de alguien que se acercase cautelosamente. Tenía el aire a su favor y a su olfato llegó un perfume femenino. El de Carole Nichols, la acompañante de Wilbur.

Actuó Kellog intuitivamente, seguro de que Carole os llegaba sola.

Se arrojó al suelo en salto felino, buscando la protección que le ofrecían un árbol y un seto vivo.

En el mismo instante en que saltaba, se produjeron dos disparos de pistola que apenas si produjeron detonación, por llevar el arma ajustado un silenciador.

Kellog sintió el silbar de los proyectiles que le iban destinados, pero que no llegaron a tocarle.

El pintor cubría con su cuerpo, antes de saltar, a Wilbur Johnes. Pero al hacerlo, el primo de Patsy quedó frente a los que llegaban, sin posibilidad alguna de defensa ni de huida.

Wilbur adivinó más que vio al abogado Alec Ford, al cual seguía Carole.

Al producirse los disparos se pegó al suelo temeroso de ser víctima de ellos y desde su nueva posición gritó:

—¡Adelante! ¡Tirad contra él! ¡Matadlo como a un perro! ¡Nos ha descubierto!

Carole se quedó atrás mientras que Alec Ford adelantó con bastante resolución buscando con la mirada a Kellog, para tirar contra él.

Y detrás de Ford, rebasando a Carole que se había detenido, se dejó ver Mark Smith, el cual terminaba de ajustar el silenciador a su pistola.

Ford se dirigió a su acompañante, diciéndole:

—Ciérrale el paso por aquella parte.

El primo de Patsy volvió a animar a sus compinches diciendo:

—¡Adelante! ¡Trata de escapar...! ¡Acorraladlo! ¡No puede salir vivo de aquí!

CAPÍTULO XII

Se oyó un disparo de pistola que sonó como un cañonazo en los oídos de los actores de la dura escena que hasta entonces habían disparado con silenciador y habían hablado a media voz.

Alec, el más decidido de los tres compinches sintió que su mano recibía el choque de la bala y que la pistola que empuñaba con ansias homicidas se le escapaba de la misma.

Casi al mismo tiempo llegaba el aviso, fuera de ocasión ya, de Wilbur que gritó:

—¡Cuidado, que está armado!

—¡Maldito imbécil! ¡Podías haberlo advertido antes! —gritó Ford.

Kellog, al ver que había hecho carne, se adelantó a su vez y volvió a tirar.

Intuyó Ford la maniobra del joven y saltó hacia atrás, salvándose por muy poco de ser alcanzado nuevamente.

Smith tiró enseguida, sin apuntar, haciéndolo a cálculo, tratando de evitar que Kellog se les plantase delante.

Corrió Carole alocadamente en dirección al automóvil y le siguió el abogado, quien con la mano izquierda ejercía fuerte presión en la herida, tratando de evitar la hemorragia.

Kellog disparó a su vez bien parapetado en el árbol y Smith sintió que la bala le zumbaba cerca de la hemorragia.

Tuvo miedo y se arrojó al suelo, enfrentándose con Wilbur que no había osado moverse.

Estaba seguro de que Johnes hablaría si quedaba en manos de Kellog y tiró fríamente a matar.

Adivinó Wilbur lo que iba a suceder y gritó:

—¡No...! ¡Yo...!

Kellog corrió tratando de evitar los disparos del granuja, pero Smith se había adelantado a tirar, metiendo dos balazos en la cabeza del primo de Patsy, que quedó inmóvil en el suelo tras sufrir un estremecimiento.

Smith, lanzado ya, volvió a tirar tratando de alcanzar a Kellog, quien hubo de arrojarle nuevamente al suelo para evitar los impactos.

Se producía todo con vertiginosa rapidez.

Smith trataba de ganar tiempo para que su compinche y la pelirroja

pudiesen llegar hasta el automóvil.

Al ruido de los disparos hechos por Kellog respondieron los silbatos lejanos de la policía.

Volvió a tirar Smith, quien inmediatamente se puso en pie y corrió veloz, sin hacer ruido.

En tanto, Kellog, cautamente, sin osar levantarse, se adelantó hasta llegar al sendero por el que en aquel momento desaparecía Smith.

Se levantó y corrió a su vez, pero ya Mark llegaba al automóvil que ocupaban Alec y Carole, y que esta, al volante, lanzó a toda velocidad.

Disparó Kellog una vez más contra las ruedas del coche, tratando de detenerlo, pero fracasó en su intento.

No se veía vehículo alguno en la ancha avenida por dónde huían los compinches de Wilbur, y Kellog volvió sobre sus pasos, diciendo:

—Ahora ya están descubiertos aunque falten pruebas contra ellos. Pero las tendré. No les valdrá de nada el ir liquidando fríamente a la gente que puede servir de testigos contra ellos.

Cuando llegó de nuevo junto a Wilbur, llegaban dos motoristas de la policía y un auto-patrulla.

Llevaba aún la pistola en la mano y uno de los policías se dirigió a él en tono acre, diciéndole:

—Entrégume enseguida el arma. Y no intente la menor resistencia.

—¿Por qué no se entera antes del empleo que he hecho de la pistola? Y le advierto que llevo la licencia completamente en regla...

—No es necesario que levante tanto la voz...

—Le hablo exactamente en el mismo tono que me ha hablado usted a mí. ¿Por qué no se pone en contacto con el teniente Barton, de homicidios? El lleva un caso que está íntimamente ligado con este asesinato.

Se acercaron dos policías del auto-patrulla. El que había interrogado primero a Kellog se humanizó un tanto, comprendiendo que se había excedido.

Le preguntó:

—¿Es usted detective privado?

—No. Me he visto envuelto en un lío bastante gordo. Se trata del asesinato de la señora Smith...

—¡Diablos! Entonces usted es el señor Douglas Kellog, el pintor.

—El mismo...

—Llamaremos enseguida al teniente.

Antes de que transcurrieran veinte minutos ya había llegado el teniente Barton con el sargento Cassidy y el fiscal Greenland.

Barton estuvo francamente amable y el fiscal se mostró en principio menos inamistoso.

Kellog relató de forma objetiva lo sucedido, las acusaciones lanzadas a Wilbur, la intervención de los asesinos, pero sin dar un solo nombre.

En tanto hablaba con el fiscal y con Barton, intervenían el forense y los hombres del equipo técnico, señalando posiciones, tomando medidas, tratando de adivinar por las huellas dejadas, cuáles habían sido los movimientos de cada uno de los protagonistas.

El sargento Cassidy dirigió a Kellog algunas preguntas aclaratorias que el pintor contestó amablemente.

Finalmente el fiscal preguntó a Kellog:

—¿Quiénes han atacado, Kellog? Porque usted ha dicho muchas cosas, pero no ha mencionado los nombres de esos dos hombres, a los cuales conoce.

—No he visto a esos hombres, fiscal. Supongo quiénes son; pero no puedo lanzar una grave acusación contra nadie sin estar seguro de lo que digo.

—Johnes habló con usted...

—Sí; pero no tuvo ocasión de mencionar a sus compañeros...

—¡Exija que dé usted esos nombres, Kellog! De lo contrario lo consideraré como una obstrucción a la acción de la justicia.

—Perdone, fiscal. Yo he logrado conocer cosas porque he investigado. Usted podía haber hecho lo mismo de no estar obsesionado por la supuesta culpabilidad de la señorita Stewens...

—De acuerdo, me he equivocado. Estaba ofuscado. Eso no es excusa para que usted falte a su obligación de informar a la justicia.

—Me va a perdonar, fiscal. He dicho lo que debía decir. Le daré el nombre de la chica que acompañaba a Wilbur Johnes. No le puedo asegurar que fuese ella la que iba con esos dos granujas cuando tiraron. Ella se llama Carole Nichols y es pelirroja...

—Me interesan ellos...

—Pues lo siento. No hay pruebas concluyentes. Un buen abogado echaría por tierra la acusación que se formulase sobre ellos y no quiero correr ese riesgo. Si ustedes no lo consiguen antes, cuando yo los entregue o los señale, será con pruebas suficientes para que no puedan salir absueltos.

Iba a replicar el fiscal en tono violento, pero una mirada del hábil teniente Barton le hizo ver que era mejor guardar silencio.

Barton se limitó a decir:

—Usted ha trabajado bien, con bastante suerte y con valor, Kellog, le felicito. Nos ha superado...

—No tiene nada de particular. Me he dedicado por entero al caso. Y yo no he tenido la barrera de un estado. He actuado en donde usted no puede hacerlo de manera oficial...

—Sé que se dio usted una vuelta por Las Vegas... Gracias por todo, Kellog. Y cuando comprenda que puede decirnos algo, no nos olvide. Yo no ceso tampoco en mi trabajo...

—Lo sé, teniente. Y cuente con mi simpatía y mi ayuda. Hasta pronto.

Le tendió la mano que Barton estrechó. Y se pidió del fiscal con un saludo más bien protocolare: para dejar bien marcadas las diferencias de sus simpatías entre ambos hombres.

* * *

Tan pronto se separó del fiscal y los policías, Kellog fue a una cabina, desde la cual llamó por teléfono a Patsy.

Le respondió Esther, la sirvienta negra, que preguntó asombrada cuando Doug se identificó:

—¿De verdad es usted el señor Kellog?

—Naturalmente que soy él, señor Kellog. ¿Qué sucede, Esther?

—Llamó la policía hace muy poco tiempo. Dijeron que usted y el señor Johnes habían peleado. Que el señor Johnes había muerto y que usted, gravemente herido, había sido llevado al Hospital Summer.

—¿Y la señorita Stewens ha salido para el hospital?

—Justo, sí, señor. Ahora mismito ha salido.

—¿Va sola?

—Sí, señor. La señorita Lauren tiene miedo de quedarse sola y me he tenido que quedar con ella.

—Está bien, Esther, gracias. No le digas nada a la señorita Lauren...

—No, señor. ¿Cree que a la señorita Patsy le puede suceder algo malo? —preguntó la sirvienta con evidente temor.

—Me encargaré de que no le ocurra nada...

—Sí, señor... La policía dijo a la señorita Patsy que le saldría al encuentro para llevarla hasta el hospital.

—Gracias de nuevo, Esther. Y si no tienes más que decirme, creo que no debo perder ni un solo minuto más...

—No tengo más que decirle, señor. Que tenga mucha suerte...

—Gracias...

Se advertía que la sirvienta estaba afligida y más que afligida, asustada.

Kellog, una vez hubo salido de la cabina telefónica tomó un taxi que le llevó hasta donde tenía encerrado su veloz automóvil.

No perdía tiempo pues todo ello estaba en dirección al Hospital Summer y este, a su vez, estaba a menos de mitad de camino del lugar en donde estaba guardada la avioneta que había pertenecido a Gibbons.

Junto a la nave que servía de hangar a la avioneta se alzaba una edificación, una vieja casa de campo en condiciones de ser habitada aunque por conveniencia de Gibbons estaba vacía por el momento.

Kellog conocía todo aquello e imaginó que era el lugar al cual llevarían Ford y Smith a Patsy, ya que no le cabía duda de que la maniobra era cosa de ellos.

Conducía el pintor a velocidad de vértigo, sacando el máximo rendimiento a su vehículo, tratando de alcanzar a los granujas antes de que llegasen a la casa o, como mal menor, antes de que se pudiesen organizar dentro de ella.

Pasó como un meteoro por enfrente del Hospital Summer.

Y bastantes minutos más tarde dejaba el automóvil a una prudencial distancia de la nave que servía de hangar.

El coche quedó al abrigo de una cerca y Kellog avanzó los últimos metros a pie, procurando en todo momento que la mole de la nave lo cubriera de la vista de sus enemigos a los que imaginaba en la casa.

—Tal vez ellos calculan que yo voy a venir y están dispuestos para recibirme...

Prácticamente Smith y el abogado Ford, al estar descubiertos, debían sentirse acorralados. Era lógico que se hubiesen retirado al sitio que suponían desconocido para todos menos para Kellog.

En él tenían la avioneta en la que podrían huir a otro estado. Y a tal lugar podía acudir Kellog. Si lograban atraerlo y liquidarlo, ya no tendrían necesidad de huir y podrían reanudar su vida normal.

Mientras avanzaba el pintor en dirección a la casa, había procurado colocarse mentalmente en la situación de los dos criminales y se hacía las reflexiones que suponía se harían ellos.

Una vez en la parte trasera de la casa, no le resultó difícil a Douglas encaramarse hasta la única ventana abierta, la cual correspondía al piso de la casa.

Apenas saltó al interior intuyó que no estaba solo y se lanzó al suelo velozmente a tiempo que destellaba un foganazo frente a él.

Sus enemigos continuaban empleando las pistolas con silenciador. Pero

lo que hería o mataba era la bala y esa apenas si le había rozado.

El fogonazo le había permitido localizar a su enemigo y Kellog, que no se había estado quieto un instante para evitar que pudiesen precisar la puntería, se vio metido, en uno de sus movimientos, entre las piernas del hombre que había disparado y que en aquel momento se disponía a tirar otra vez.

Antes de que pudiese hacerlo, Kellog aferró a su enemigo a la altura de los tobillos y tiró fuerte, imprimiéndole un movimiento giratorio.

El hombre se sintió arrancado del suelo y fue a medir el piso de manera estrepitosa con sus espaldas.

El pintor no dio ocasión a que el otro se repusiera y le atacó con rapidez, saltando sobre él para descargarle un fuerte puñetazo con la derecha mientras con la izquierda le impedía que pudiese volver a disparar.

Gimió el hombre al recibir el duro golpe; su cabeza chocó contra el suelo, que retumbó.

En tal momento se abrió la puerta de la pieza en donde luchaban los dos hombres para dar paso a un tercero.

El fulano que entraba amenazó a Kellog, conminándole:

—¡Quieto o te achicharro!

El pintor había reconocido la voz de Alec Ford en el recién llegado y supuso fundadamente que estaría armado.

No se arredró por ello y volvió a golpear a su enemigo más cercano, suponiendo que se trataba de Smith.

El golpe resultó demoledor y Smith quedó inmóvil tras exhalar un débil gemido.

Saltó entonces Douglas como hubiese podido hacerlo un tigre, metiéndose por debajo de la línea de tiro de la pistola que empuñaba Ford.

El abogado dio al gatillo; se produjo el disparo y la bala silbó por encima del joven. Pero en el mismo instante Ford experimentaba los desagradables efectos del violento ataque del pintor.

Tiró nuevamente el abogado, pero la segunda bala le salió muy desviada, clavándose en el techo de la pieza.

Douglas hizo presa en la muñeca del abogado, sometiéndola a ruda torsión hasta obligarle a soltar el arma tras arrancarle un doloroso gemido.

Dos recios puñetazos dejaron a Ford medio atolondrado, permitiendo al pintor desarmarlo y empuñar su propia pistola.

Lo encañonó con ella, asestándole al mismo tiempo un fuerte puntapié.

—¡Vamos a estarnos quietos o los destrozó! Y como Patsy haya sufrido el menor daño les aseguro que van a sentirlo.

Smith comenzaba a dar señales de vida y Kellog le golpeó con un pie en uno de los costados.

—Vamos, arriba. Y cuidado, porque cualquier intento de engaño lo pagarán con la vida. Con el secuestro de Patsy ya tengo suficientes pruebas contra los dos. Podía haberlos hecho detener bastante antes.

—¡Es usted muy listo! —dijo el abogado furioso al verse vencido.

—O ustedes muy tontos. No les podía salir bien de ninguna manera, pero lo complicaron todo demasiado y el fracaso tenía que ser más rápido. ¡En marcha!

—Sueno. Reconozca que la chica tuvo suerte al tropezar con usted —señaló Smith—. Porque de no haber sido así...

—Es tonto que discutamos ahora lo que hubiese sucedido de una manera o de otra. Lo cierto es que están vencidos...

Salieron a un pasillo corto y bastante amplio y por él llegaron a una sala que estaba débilmente iluminada.

En ella, atada y amordazada, estaba Patsy.

Alec intentó adelantarse a la vez que decía:

—¿Quiere que la desate?

—Quieto ahí o le vuelo los sesos. No piense que ella le pueda servir de escudo.

Antes de que Smith ni Ford pudiesen pensar en lo que se les venía encima, Kellog hizo girar la pistola para empuñarla por el cañón, y les golpeó, alcanzándoles con sendos impactos que los derribó al suelo inconscientes.

Ató primero a uno, hizo lo propio seguidamente con el otro y finalmente se dedicó a Patsy a la cual libró de mordaza y ligaduras.

—¿Has pasado mucho miedo?

—Pues no... Siempre tuve confianza en que vendrías a tiempo... Ellos te esperaban dispuestos para matarte. Pero yo estaba convencida de que no podrían contigo.

Los dos jóvenes se abrazaron estrechamente.

Después volvieron a hablar.

—¿Pensaban huir y llevarte con ellos?

—Pensaban amenazarte con matarme si no te estabas quieto. Ellos no temían a la policía. Te hubieran ido entreteniendo de no haber venido tú aquí, hasta que te hubiesen podido dar caza.

—Han asesinado a tu primo. ¿Sabías algo?

—No me lo han dicho; pero lo he deducido de la conversación que les he oído.

—¿Y la chica que iba con ellos? Me refiero a una pelirroja...

—Tampoco me han dicho nada, como comprenderás; pero tengo la impresión de que la liquidaron echándola al paso de un camión. Para que no les delatase.

—¡Malditas bestias sanguinarias...!

En aquel momento se oyó ruido de golpes dados en la puerta. Y tras estos siguió la conminación de la policía.

Acudió Kellog a abrir, avisando antes por una mirilla:

—¡Voy a abrir, teniente Barton! Aquí los tengo bien dormiditos...

Cuando entraron el teniente Barton, el *sheriff* y el fiscal, dijo el joven dirigiéndose al primero:

—Ahora, por lo pronto, tenemos pruebas de un secuestro, del asesinato de Wilbur Johnes y el de Carole Nichols...

—¿También ella lo ha pagado?

—Eso parece... En esa nave tienen la avioneta en la que Ford y Smith vinieron desde Las Vegas en menos de dos horas, para cometer el asesinato, volviendo allá por el mismo procedimiento, considerando que tenían una buena coartada.

—¿Hay pruebas de eso? —preguntó el fiscal.

—Verá, fiscal. La amiga de Gibbons sabía que aquella noche su amigo tenía un trabajo de esa clase en la avioneta. Luego ellos, al verse descubiertos, destacaron a Gibbons. Al fracasar este, lo asesinaron con sus compinches. Diversas personas declararán sobre esto. ¿Cree que es suficiente?

—Espero que sí...

—En cuanto a Johnes, ha sido muerto ya; pero su patrona podrá declarar que a la hora en que asesinaron a la señora Smith, él se había largado de su casa, dejando una figuración de su cuerpo en la cama, para cubrir su coartada...

—Tendré que felicitarle. Nos lo ha dado todo resuelto —admitió el fiscal.

—Me iba bastante en ello, ¿no cree? Y el premio que me esperaba valía y vale la pena, ¿no?

Volvieron a abrazarse Patsy y Kellog mientras los policías hacían volver en sí a los detenidos.

Kellog señaló:

—El promotor de todo fue Alec Ford. Smith el asesino de su mujer, mientras que Johnes le ayudaba en casa de su prima. Las demás muertes, ya las explicarán ellos. Pero parece que la de Gibbons y sus compinches habrá

que cargarla en la cuenta de Alec Ford y de Johnes, puesto que en aquella ocasión Smith no se movió de la sala de juego...

Barton dijo suavemente:

—No se preocupe, Kellog, ya ha hecho usted bastante. Ahora tendrán que hablar ellos. Y con lo que tenemos ya es suficiente para enviarlos a la cámara de gas, qué es lo que se trataba de demostrar.

—¿Cómo han podido llegar tan a tiempo? —preguntó Kellog.

—Decidimos seguirle. Estábamos seguros de que usted nos llevaría hasta los asesinos, y no nos hemos equivocado —respondió Barton suavemente.

—Ahora solo falta que ellos nos expliquen los detalles. Está claro que la señora Smith no fue lanzada desde la ventana. Sin embargo a Patsy la despertó el grito impresionante y el ruido de la caída...

Alec Ford dijo entonces:

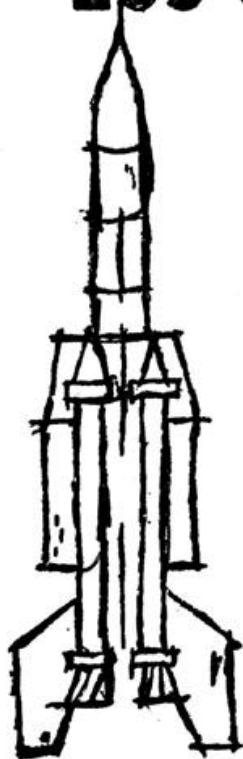
—Simplemente, salté yo, que estaba arriba para ayudar a Smith. Y cuando la señorita Stewens huyó, Wilbur, que estaba dentro de la casa y lo tenía todo preparado, nos ayudó a descender el cuerpo de la muerta y a dejarlo en la alcoba de su prima.

—Algo así tenía que ser —manifestó Kellog quien volvió a abrazar a Patsy hasta que al escuchar algunas tosecillas se volvieron a separar.

FIN

Los cohetes

WIM DANNAU



Los actuales cohetes son un anticipo del mundo futuro: niños mimados de la técnica, armas poderosas, vehículos ultrarrápidos, naves del espacio, con ellos toman cuerpo los más audaces sueños del hombre.

La clara y sintética exposición del presente volumen constituye el primer testimonio de la Era que acaba de empezar.

Aquí están todos los modelos de cohetes que hoy se conocen, desde el proyectil antitanque al coloso que pone en órbita un satélite artificial.

Un catálogo que mañana servirá a la historia.

**MARABU
ZAS**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

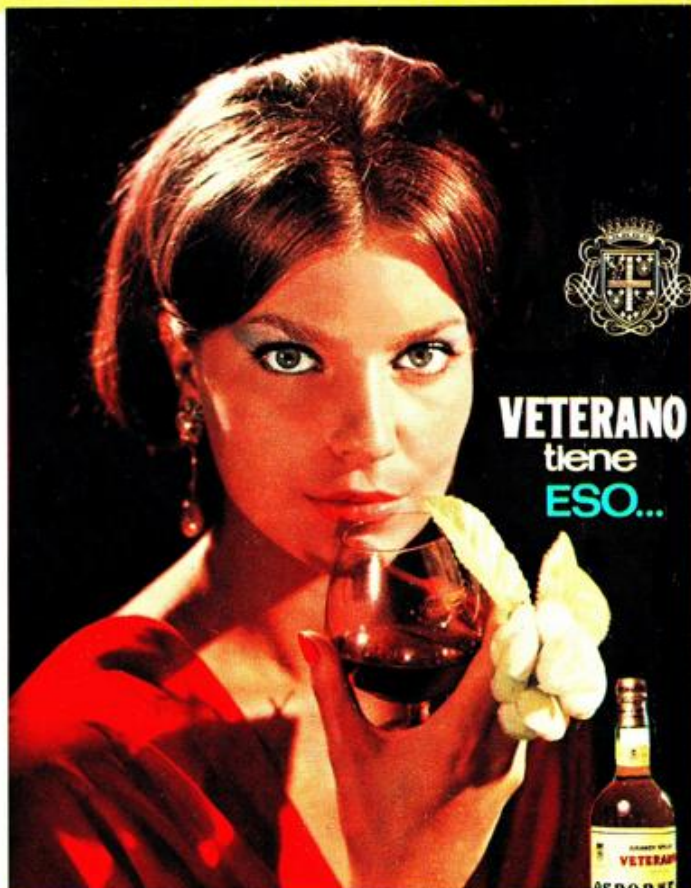




EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...

OSBORNE **un VETERANO SABOR!...**

OSBORNE *Fundada en 1772*